11257

MIGUEL MIHURA y J. ANDRES DE PRADA

Una mujer que no miente

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

ADAPTACIÓN DEL ASUNTO DE UNA NOVELA AMERICANA

Copyright, by M. Mihura y J. Andrés de Prada, 1920.

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

UNA MUJER QUE NO MIENTE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le spays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

UNA MUJER QUE NO MIENTE

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

ADAPTACIÓN DEL ASUNTO DE UNA NOVELA AMERICANA

POR

MIGUEL MIHURA y J. ANDRES DE PRADA

Estrenada por la Compañía del TEATRO LARA de Madrid
el día 24 de junio de 1919

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, M 351
1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	María Palou.
SUSANA	Eloisa Muro.
LA DIRECTORA	Amalia S. Ariño.
DOÑA RAIMUNDA	Virginia Alverá.
GENARA	Luisa Ponce de León.
UNA DONCELLA	María Lozano.
DON GASPAR	José Isbert.
SERAFIN	José Balaguer.
GUILLERMO	Luis Manrique.
DON JULIÁN	Francisco Fuentes (h.)
ROMAN ROMAN	Federico Gonzálvez.
PACO	Joaquín Pacheco.
UN BOTONES	Miguel Ortíz.

ACTO PRIMERO

Sala de visitas en el Colegio Pensión de señoritas de Villalta Galería de cristales al foro tras la que se divisa el jardín. Dos puertas practicables a la izquierda, sobre la primera de las cuales se lee: DIRECCIÓN. Otras dos puertas practicables a la derecha. Aparato telefónico adosado a la pared de este lateral. En el centro de la escena una mesa con un búcaro de flores. Los muebles, lujosos todos pero sin exceso. Los sofás, sillones y sillas colocados en grupos para reuniones separadas.

—

(Al levantarse el telón, están en escena y sentados en uno de los grupos de sillones, DON GASPAR y DOÑA RAIMUNDA. Sobre los asientos restantes del grupo varios paquetes de diferentes tamaños. Hay una pausa larga en la que demuestran impaciencia y aburrimiento.)

GAS. ¿Sabes, Raimunda, que nos están haciendo esperar bastante?

RAIM. Es que la niña estará arreglando su equipaje.

GAS. Mira que hay falta de previsión en estos colegios. Si me hubieras hecho caso a mí, y en vez de meterla en una pensión la hubieramos puesto en las monjas, seguramente saldría sabiendo mucho más y nosotros estaríamos ahora esperando mucho menos.

RAIM. ¡Qué consecuencias sacas de las cosas!

GAS. Las que tienen.

RAIM. Las monjas enseñan poco.

GAS. Eso me parece a mí; pero las prefiero.

RAIM. Naturalmente, como vives a lo antiguo...

GAS. Pero yo te aseguro que no las he tenido to-

671295

das conmigo durante el tiempo que ha durado la educación de la niña. En estas pensiones, donde enseñan a lo yanki, como les dan tantas libertades suelen suceder algunas cosas que...

RAIM. Vamos, no digas disparates.

GAS. Yo no sé si recordarás el escándalo que hace años hubo en aquel colegio de Zaragoza. Dos colegialas que se escaparon con los novios.

RAIM. Tú sueñas, Gaspar.

GAS. ¡Cómo voy a soñar, si no duermo! Hasta me acuerdo de los nombres de ellas. Verás, verás... (Haciéndo un esfuerzo imaginativo.)

RAIM. Anda, hombre, déjalo, no te preocupes.

GAS. Es que no quiero que atribuyas a un sueño lo que ha sido una realidad, de la que me acuerdo perfectamente. Ya sabes que poseo una gran memoria. Hace de esto, ocho años, lo leímos en *El Liberal* yendo de Guadalajara a Madrid y por cierto en un viaje que hicimos para... ¿Para qué hicimos aquel viaje?... ¡Ah!... sí, ya sé; para ..

Directora (Por la primera derecha. Es como todas las maestras que suelen salir a escena; gasta lentes y viste algo estrafalariamente. Entra con SUSANA que viste el uniforme del colegio.) Aquí tienen ustedes a la pollita.

SUS. ¡Papaíto! ¡Mamá! (Abrazándolos)

DIR. Todo el día está recibiendo felicitaciones por la brillantez de sus exámenes.

RAIM. Nosotros estamos muy satisfechos de ustedes y dispuestos a recomendar el colegio a todas las familias conocidas.

DIR. Muchas gracias.

RAIM. Precisamente mi marido estaba haciendo un elogio de estas pensiones...

GAS. Sí, precisamente.

DIR. Repito las gracias.

GAS. No hay de qué.

DIR. ¿Y por fin se la llevan ustedes hoy?

GAS. Sí, hoy, pero no ahora

RAIM. Ahora veníamos únicamente para que en el baul de Susana, si tiene hueco, metiera todos estos cachivaches que no nos caben en el mundo.

SUS. Sí, si hay hueco; como no llevo más que la ropa blanca y unos cuantos libros ..

GAS. Pues anda, vé acondicionándolos mientras vamos a que el médico vea a tu madre y en séguida vendremos a recogerte.

DIR. Perdonen ustedes que les deje, pero está un periodista visitando el colegio y como necesita toda clase de detalles...

RAIM. Sí, sí, vaya. Nosotros nos marchamos también en seguida.

DIR Pues, hasta luego, señores... y perdonen.

RAIM. De nada, no faltaba más.

(Vase la Directora por la segunda derecha.)

GAS. Esta señora, con esos impertinentes y esa corbatita, me revienta.

RAIM. ¡Gaspar!

SUS. Papá, pues son muy buenas, muy buenas.

GAS. Será todo lo buena que se quiera, pero no infunde respeto. Si parece que se ha escapado de una portada del Gedeón.

RAIM. ¡Gaspar!

GAS. Además, el énfasis con que habla. A mí no me las quieras comparar con las monjas; aquellas tocas blancas y aquella suavidad al andar y al hablar...

RAIM. Tu padre está como siempre, imposible.

SUS. ¿Y qué es tanto paquete?

RAIM. Encargos y regalos y... ¡qué sé yo!

GAS. Si llevamos diez días en Madrid y en mi vida he gastado más dinero. ¡Lo de cosas que ha comprado tu madre!... ¡En fin, lleva hasta un Quiriqui, que es la cosa más fea que he visto en mi vida!

SUS. ¡Ay, papá! ¡Qué exagerado eres!

RAIM. Ponlo todo con cuidadito; cierra bien el baul y estate preparada que antes de media hora estamos aquí a buscarte.

GAS. ¿Sabes lo que podíamos haberle comprado a ésta? Un traje, aunque sea de «El Aguila», para que se quitara ese tan *precioso* que lleva ¡Mira qué vestir de colorado y azul a las criaturas, como si fuesen monos sabios!

SUS. No digas eso, papá; si es muy bonito.

RAIM. No hagas caso a tu padre, hija.

GAS. Sí, acaba tú de educarla a lo yanki. «No hagas caso a tu padre». ¡Muy bonito!

SUS. Vamos, no os vayais a disgustar ahora. De modo que quedamos en que vendréis por mí para llevarme al té del Palace, ¿eh? Que

me lo prometísteis. Y que el jueves pasado me divertí mucho.

GAS. Tú te divertirías, pero a mí me dieron una de pisotones y de codazos y salí con un mareo de ver a la gente bailando por entre las mesas...

SUS. Ah, pues yo sí, me divertí mucho y quiero volver, que me lo prometísteis.

RAIM. Descuida que irás.

GAS. Y del Hotel a la estación. Hay que dormir esta noche en Guadalajara Ya sabes que espero al nuevo ingeniero que ha de dirigir mi fábrica, y sería desagradable que se presentara allí y yo no estuviera.

SUS. Oye, papá, ¿es joven? ¿es guapo?

GAS. No le conozco, pero ya tendrás ocasión de verle.

RAIM. Bueno, hijita, arregla bien todo eso y estate preparada.

SUS. Ir sin cuidado y volver pronto.

RAIM. No, no vengas. Sabemos el camino.

SUS. Hasta la puerta siquiera.

RAIM. Bueno.

GAS. ¡Ah! ¡Y despídenos de Gedeón!

SUS. (Riéndose.) ¡Qué cosas tienes, papá!

RAIM. ¡Eres incorregible!

(Vanse todos por la izquierda, se oyen besos dentro y a poco vuelve a salir SUSANA, y recogiendo los paquetes, dice muy contenta.)

SUS. ¡Ay, qué alegría tengo! ¡Me llevan, me llevan! ¡Voy a verle otra vez! ¡Ay, Guillermo! ¡Guillermo! ¡Toma! (Con la mano derecha, que le queda libre, lanza un beso al aire, recoge los demás paquetes y vase por la derecha.)

DIR. (Por segunda y yendo hacia el foro, seguida de ROMÁN, que lleva en la mano un cuaderno de apuntes. Viste en la forma que en una acotación del diálogo se describe luego.) Aquél es el jardín, donde se disfruta de gran frescura, y aquéllos los recreos, que, al par que inocentes, procuramos que sean higiénicos; tennis, combas, columpios, hacen colmos, chistes de retruécanos...

ROMÁN Muy bien, muy bien; pero noto que hay pocas muchachas jugando.

DIR. Como ayer terminó el curso, y muchas de ellas salieron ayer mismo para sus casas, y, como además, es jueves, y son varias las

que han salido de paseo... quedan en el Colegio de treinta a cuarenta.

ROMÁN Permítame que siga tomando mis notas abreviadas para que no se me escape detalle. (Anotando.) «En jardín alumnas juegan treinta, cuarenta... colmo, frescura». Eso es.

DIR. Esta es la sala de visitas, donde las alumnas reciben a sus familias los días que señala el reglamento del Colegio.

ROMÁN Muy clara, muy hermosa.

DIR. Como usted ve, los muebles están divididos en grupos aislados para que puedan las pensionistas, con toda libertad, comunicar sus impresiones a quienes las visitan.

ROMÁN (Anotando.) «Sala visitas.. Muebles colocados... para murmuración».

DIR. Aquí tienen libertad absoluta para expresar sus quejas, sus deseos, sus pensamientos, todo.

ROMÁN (Anotando.) «Queja libre, deseo libre y pensamiento libre, todo libre».

DIR. Y visto esto, ya no le queda a usted por visitar más que las azoteas, donde tenemos un par de cuartitos de castigo, para las niñas traviesas.

ROMÁN (Anotando.) «Para niñas traviesas... un par, de castigo, en azotea».

DIR. Y los sótanos donde acumulamos el material viejo, los muebles inservibles; lo que es costumbre colocar en esos sitios.

ROMÁN (Anotando.) Sí, sí, entendido, entendido: «Sótanos colocados, sitios de costumbre».

DIR. ¿Si quiere usted verlo?

ROMÁN No, no, para qué.

DIR. Conque, ¿qué le parece a usted nuestra pensión?

ROMÁN ¡Admirable! Todo es admirable en esta casa; las clases, los recreos, los dormitorios .. y no digo nada de las alumnas ni de las profesoras.

DIR. Es usted muy galante.

ROMÁN Soy periodista, y ya sabe usted que es profesión la mía que no prodiga las alabanzas más que en los casos de estricta justicia.

DIR. Muchas gracias.

ROMÁN Y ahora, para no molestarla más, unos pequeños detalles que completen mi informa-

ción: número de alumnas, régimen, y, sobre todo, los nombres de ustedes y los de las alumnas más distinguidas.

DIR. Se lo diré a usted todo en dos palabras.

ROMÁN Cuando usted guste. (Disponiéndose a continuar sus apuntes.)

DIR. El Colegio Pensión de señoritas de Villalta fué fundado en 1904; pero su verdadero apogeo data de 1910. Le advierto que en Marzo de este año tomé yo posesión del cargo de directora. Esto no tiene importancia; pero...

ROMAN (Escribiendo.) Oh, ya lo creo.

DIR. Las alumnas, que en la actualidad son 86, pueden ser visitadas por sus familias los jueves, y si es bueno su comportamiento, se les permite, como ya le he dicho, salir con ellas de paseo esos días.

ROMÁN Muy bien. Siga usted.

DIR. Las profesoras somos cinco y una auxiliar; pero de ésta, es preciso que se ocupe usted con todo género de detalles, porque es la honra de la casa.

ROMÁN ¿Es tal vez esa encantadora señorita rubia? ..

DIR. La misma. La señorita Elena Santacruz. Es el modelo para las alumnas y la mayor gloria de mi carrera de pedagoga.

ROMÁN Ha avivado usted mi curiosidad de periodista, y ya, no sólo le suplico que me dé toda clase de detalles sobre esa señorita, sino que le ruego me la presente.

DIR. (Haciendo sonar un timbre.) Con mucho gusto.

ROMAN Gracias.

(Aparece una DONCELLA.)

DONC. ¿Llama la señora?

DIR. Haga el favor de avisar a la señorita Elena.

DONC. Está bien, señora.

(Vase la Doncella.)

DIR. Y mientras, como a sus muchas cualidades une una gran modestia, le diré a usted que, al encargarme de esta casa, instituí varios premios: uno, a la aplicación; otro, al recogimiento; otro, a la verdad, etc. Elena, huérfana de madre e hija de un banquero, era ya alumna del Colegio, y en él tenía fama de no haber dicho jamás una mentira. Esta vez no mintió tampoco la fama, y des-

de aquel año hasta el pasado, que terminó sus estudios, mereció siempre la banda de la verdad. Además, no tuvo competidoras al premio.

ROMÁN ¿Una mujer que no miente? ¡Asombroso!

DIR. Pero cierto.

ROMÁN Y dígame, señora, ¿cómo es que, terminados sus estudios, sigue aquí?

DIR. Porque hace tres años murió su padre, vino inmediata la quiebra de su casa, y como no tenía otra familia, nos pidió una plaza de auxiliar, que nos honramos mucho en concederle. Y aquí la tiene usted.

Elena (Por la derecha. Encantadora muchacha, que puede vestir de blanco.)

ROMÁN Señorita...

DIR. Señorita Elena, el señor...

ROMÁN Román Román.

ELENA Señor...

DIR. Ilustre periodista, redactor de *El Pueblo Encantado,* que desea rendirle, como todos cuantos la conocemos, su admiración

ELENA ¡Por Dios, me avergüenza usted, señora Directora!

ROMÁN Señorita, ¿usted me va a permitir la indiscreción de unas preguntas?

ELENA Estoy a sus órdenes.

ROMÁN Seré muy breve; tengo el tiempo tasado y quiero que esta noche salga en mi periódico esta información.

DIR El señor va a hablar del colegio y yo no he podido menos de rogarle que cediese a usted el lugar preferente.

ELENA Insisto en que no merezco...

DIR. Yo, con permiso de ustedes, les dejo un momento. Voy a buscar el album en que dejan su firma las personas que nos visitan, para que usted nos honre con la suya.

ROMÁN Con mucho gusto. (Saluda la Directora con una leve inclinación de cabeza y marca medio mutis por la derecha, pero se detiene al oir a Román que dice.) Y esta ausencia momentánea de usted, señora Directora, me prueba que no son infundados cuantos elogios me ha hecho usted del régimen de la casa.

DIR. ¿Por qué?

ROMÁN Pues, porque dejándome solo con esta señorita, que no miente nunca, al preguntarle

yo algún detalle me contestaría con la verdad y si fuera desagradable..

DIR. Se la diría a usted igualmente; pero... (Cambiando de opinión, volviendo al centro y sentándose.) Ya que ustedes se empeñan, me quedaré!

ROMÁN No, por nosotros...

DIR. Es que ahora recuerdo que el album no está en Secretaría. (Indicando la derecha.) Sí, sí, les haré compañía.

(Elena que había ido hasta el foro al oir esto se sonríe maliciosamente y vuelve al centro. Hay una larga pausa en que los dos se miran; él como diciendo: «¿y por dónde empiezo yo?» y ella examinándole de piés a cabeza y dando a entender: «¡Que no me pregunte mucho porque me va a oir!» La vista de ella se queda fija en el chaleco ridiculísimo, en los botines color manzana y en el monocle que a cada momento se le cae sobre el pecho.)

ROMÁN ¿De modo, señorita, que usted ha dicho siempre, siempre, la verdad?

ELENA Sí, señor: sé que a veces es desagradable y enoja, y por eso me limito a hablar lo menos posible y a contestar lo más brevemente posible también.

ROMÁN Pero vea usted que hay ocasiones en que hasta por discreción es necesario decir una mentira, una leve mentira sin trascendencia ni importancia alguna.

ELENA No, señor. El que quiera evitarse la indiscreción de una respuesta, que sea discreto al preguntar.

ROMÁN Admirable teoría.

ELENA Y tan admirable. Figúrese usted que yo fuera picada de viruela o muy chata o con la boca muy grande, y porque tuviera unos ojos bonitos le preguntase a usted, con la intención de que se fijará en ellos: ¿Qué me nota usted en la cara?

ROMÁN Pues como hombre galante respondería inmediatamente: ¡Unos ojos divinos!

ELENA Sí; o una boca un poquito grande, o una nariz respingoncilla, o demasiados hoyuelos.

DIR. Me parece señor mío, que no la convence usted.

ROMÁN Es que sería una indiscreción, que yo no cometería jamás.

ELENA Usted quizá no, pero tropezaría con alguno que la cometiese y ¡figúrese!

ROMÁN Conformes en que no se mienta por discreción. ¿Y por modestia?

ELENA Mucho menos. Si la modestia es la mayor de las mentiras porque se dice a sabiendas.

DIR. La señorita Elena cuida de que nuestras alumnas no hagan uso de la falsa modestia que es otra vanidad más de las personas.

ROMÁN (A Elena.) ¿De modo que si yo le pregunto a usted si es guapa?

ELENA Le contesto a usted que sí.

ROMÁN Muy bien.

ELENA ¿Es que no se lo parezco a usted?

ROMÁN Como no tengo necesidad de mentirle, le diré que me parece hermosísima.

ELENA ¿Necesidad de mentir? ¿Pero usted cree que la hay?

ROMAN En este caso repito que no.

DIR. Y yo opino lo mismo que el señor. En este caso...

ELENA Ni en este ni en ninguno. La verdad, siempre la verdad. Y no siga usted tratando de convencerme porque me parece que soy yo la que le he convencido de que no hay motivo por el que sea preciso mentir.

ROMÁN No me ha convencido usted del todo, señorita. Hay otro.

ELENA ¿Cuál?

ROMÁN Ahora estamos departiendo usted y yo, que hemos sido presentados hace un rato y que no tenemos confianza alguna. Yo hago de usted todos los elogios que merece, le he dicho todo lo que me parece usted: bonita, elegante, graciosa... y ahora pregunto: ¿Y yo? ¿qué le parezco a usted?

ELENA (Con cómica seriedad.) Caballero, le suplico que no me ponga en el trance...

DIR. (Aparte.) Por lo visto, este señor la quiere oir.

ROMÁN ¿De decir que soy feo?

ELENA No, señor, no lo es usted.

ROMÁN No sabe usted lo que se lo agradezco. ¿Le pareceré molesto?

ELENA Tampoco. Al contrario, me agrada su conversación.

DIR. (Aparte.) Menos mal.

ROMÁN Mire usted que a fuerza de querer ser amable conmigo va usted a mentir.

ELENA ¡Quiá, no señor! Atrévase usted a pregun-

tarme algo sobre la fantasía del chalequito o el color de los botines o la gracia con que se le sujeta a usted el monóculo.

ROMÁN No. No me atrevo. Me ha vencido usted.

ELENA Con la verdad, amigo mío.

ROMÁN Una última pregunta. ¿Aprovechan en la práctica su teoría las colegialas? porque si es así, esto debe ser una Arcadia feliz.

ELENA Regular, regular.

ROMAN ¿De modo que hay traviesas, embusterillas?

ELENA Las hay, sí señor. Y hasta hay algunas que...

DIR. (Cortando visiblemente la conversación,) Satisfecha su curiosidad, yo le ruego, señor, que tenga la bondad de acompañarme al despacho; le daré los detalles que faltan y le someteré a la tortura de que nos escriba usted unas frases en el album del colegio.

ROMÁN Con mucho gusto. (A Elena.) Señorita, he tenido un verdadero placer en admirarla.

ELENA Muchas gracias. A sus órdenes.

DIR. Por aquí.

(Saluda y al irse ellos hacia la izquierda vuelve Elena hacia el foro y mira al jardín tras los cristales.)

ROMÁN (A la Directora.) ¿Ha dicho usted que he de escribir un pensamiento?

DIR. Sí, o una impresión.

ROMÁN Pues voy a dejar escrita, la que me llevo de mi breve conversación con esta señorita. A ver... Sí... sí.. eso... ya está (Apunta en el cuaderno.) No es muy profunda la idea pero... está bien, está bien Cuando usted guste.

DIR. Vamos. (Pasa la Directora delante por primera izquierda y Román y Elena se saludan de nuevo.)

ROMÁN Señorita...

ELENA Caballero. (Mutis. Pausa. Suena el timbre del teléfono y acude Elena a él.) Al habla. Sí, sí señora... Con el colegio .. ¿Quién habla?... Ah, la mamá de Susana... Sí, señora... Bien... ¿Cómo?... Sí, entendido... Que no pueden llevarla al té del Hotel Palace por tener que hacer una visita urgente. Se le dirá... Sí, señora, ya tiene su equipaje preparado... ¿Se marchan ustedes hoy? ¿Ella también?... Claro, habiendo terminado sus estudios.. Aquí sentimos mucho que nos deje... ¿Eh? Que a las seis vendrán ustedes por ella. Sí, se lo diré a la Directora... No, yo soy la Au-

xiliar... No, no se enfadará porque la priven de ir al té. . Ahora podrá ir todos los días; igualmente. Muchas gracias.

DIR. (Por la izquierda.) ¿Quién es?

ELENA Los papás de la señorita Susana. (Al aparato.) Sí, la señora directora. (Le cede el auricular.)

DIR. (Al aparato.) Servidora Gracias... Muy bien... Hasta luego entonces... Sí, el equipaje se le enviará ahora mismo a la estación... Servidora. (Cuelga el auricular.)

ELENA ¿Le han dicho a usted lo que querían?

DIR. Dicen que se lo han comunicado a usted.

ELENA Que se prepare Susana para las seis, porque no pueden venir a llevarla al té.

DIR. Pues hágame el favor de advertírselo. Voy con este caballero, que está tomando unos datos del historial del Colegio. (Vase Directora primera izquierda, y Elena, desde la galería, dice:)

ELENA ¡Susana! ¡Susana!... Sube un momento. (Volviendose al centro de la escena.) ¡Ay! Se me va mi mejor amiga, la única compañera a quien he confiado todos mis secretos y todas mis penas y todas mis alegrías.

SUS. (Por la derecha.) ¿Han vuelto mis padres?

ELENA No.

SUS. Entonces. ¿para qué me llamas? ¿Te ocurre algo? ¿Estás mala?

ELENA No, mujer, no. He estado hablando ahora mismo con tu mamá por teléfono.

SUS. ¿Pero si acaban de estar aquí? ¿Ocurre algo?

ELENA Que no vienen.

SUS. ¿Eh? ¿Qué dices?

ELENA No te asustes, mujer, que no te vas a quedar en el Colegio toda la vida.

SUS. Entonces...

ELENA Que a pesar de haberte prometido que vendrían por tí para llevarte al té del Hotel Palace...

SUS. ¡Ay! ¡Ay, Dios mío!

ELENA Vamos, no seas boba.

SUS. Sigue.

ELENA No pueden venir porque tienen que hacer una visita urgente.

SUS. Cá, eso no puede ser.

ELENA Pues eso me han dicho.

SUS. Pues no puede ser.

ELENA Ah, y que estés preparada, porque os vais en el tren de las seis y cuarto.

SUS. De ninguna manera.

ELENA Pero, ¿qué dices?

SUS. Que yo no me voy sin verle, eso es.

ELENA Pero, ¿a quién?

SUS. ¿Y tú me lo preguntas, y lo sabes tan bien como yo?

ELENA ¡Ah! Al muchacho que el jueves pasado viste en el Palace, y que, según tú, te estuvo haciendo señas durante toda la tarde?

SUS. Nos estuvimos, «nos» estuvimos. Porque no sé si sabrás que es un chico que me gusta con delirio, que lo quiero, que lo quiero mucho.

ELENA ¿En una semana?

SUS. En un momento, que aquello sí que fué un flechazo.

ELENA Comprende mujer.

SUS. No comprendo nada, Elena. Quiero verle

ELENA Pues no hay forma de que lo veas. Escríbele.

SUS. Ahí está lo malo, que no sé su apellido. No sé más sino que se llama Guillermo... ¡Qué nombre tan poético! ¡Guillermo! ¡Oh!

ELENA (Burlándose.) ¡¡Guillermo!! ¡Oh!

SUS. ¡Mira, no te burles, Elena!

ELENA Quita mujer, si es que me parece lo que a tí. ¡Guillermo! ¡Oh! ¿Y cómo sabes que se llama Guillermo?

SUS. Porque oí que se lo decía un camarero.

ELENA ¿Y lo menos que te crees tú es que te está esperando?

SUS. Claro: Como que al cruzarnos con él en el vestíbulo, le dije: «Venga el jueves próximo a esta hora». Figúrate que va, que no me encuentra, que yo me voy sin saber de él más que su nombre, q e él se queda aquí sin saber más que el mío.

ELENA ¿Se lo dijíste?

SUS. Directamente, no; pero al pasar por su lado le dije disimuladamente a mamá: «¿Me llamabas?»—«No» - me respondió—. «Me pareció haber oído que decías Susana»—le dije yo a mamá—. Y él lo oyó y sabe que me llamo Susana; pero nada más.

ELENA ¡Válgame Dios! Pues si estás en el Hotel una hora más, estoy oyendo que le dices a

tu madre: «Oye, mamá, tengo una duda», mi primer apellido es Fortuny, ¿verdad?

SUS. Figúrate, Elenita de mi alma, si es la felicidad, y la dejo escapar.

ELENA Pues hijita, me parece que como no se le ocurra ir a la estación para tirarse al paso del tren por la desesperación de no verte...

SUS. No te burles.

ELENA No me burlo; pero no hay medio de que lo veas hoy.

SUS. Hay uno.

ELENA ¿Cuál?

SUS. Ir al Hotel Palace.

ELENA ¿Sola?

SUS. No, contigo.

ELENA ¿Conmigo? ¿Y con qué pretexto? Bah, ¿no comprendes que es imposible? Hoy no ves a ese pollo.

SUS. ¡Ah! ¡Ya lo tengo aquí!

ELENA ¿Al pollo?

SUS. El pretexto. Tú has hablado con mamá por teléfono, ¿verdad?

ELENA Sí, ahora mismo.

SUS. ¿Estaba la Directora también?

ELENA No; se presentó cuando ya me habían dado el encargo. Pero sabe que no te podían llevar al té.

SUS. No importa. Estoy salvada.

ELENA ¿Cómo?

SUS. Elenita, Elenita de mi vida, tú vas a ser mi salvación.

ELENA ¿Yo?

SUS. Ya sabes que a tí te creen todo lo que dices, porque no has mentido jamás.

ELENA Ni mentiré.

SUS. Tú le dices a la Directora que mamá te ha rogado que al no poder venir ella, me acompañes al Hotel Palace para despedirme de una familia amiga... de un matrimonio.

ELENA Estás loca. De ninguna manera.

SUS. Elena, que es la única solución.

ELENA ¡Es una mentira muy grande!

SUS. Es una mentirita, una mentirilla, la menor cantidad posible de mentira.

ELENA No.

SUS. Pero...

ELENA No; he dicho que no.

SUS. ¡Ingrata! ¡Mala amiga! ¡Mala hermana! Por-

que yo siempre te he tenido por una hermana.

ELENA Todo lo que quieras, pero eso no.

SUS. Parece mentira.

ELENA No es que lo parece, es que lo sería.

SUS. No, si digo que parece mentira que con lo bien que yo me he portado contigo... ¿Con quién he compartido yo todos los dulces siempre? ¿Quién ha gozado con tus alegrías más que yo? ¿Y cuando murió el pobrecito de tu papá.. ?

ELENA No recuerdes eso.

SUS. Te lo recuerdo para que te convenzas de lo mala amiga que eres. ¿Quieres que te lo pida de rodillas? (Haciéndolo cómicamente.)

ELENA No, levanta.

SUS. No me levanto. Mira, vamos, le vemos, le digo mi apellido y mis señas, apunto las suyas, y antes de media hora estamos aquí.

ELENA Y vienen tus padres y se descubre la mentira. No, no y no. (Arrodillándose Elena también, quedando las dos así.)

SUS. Está bien, está muy bien; bonita despedida me das. Para ser los últimos minutos que vamos a estar juntas, ¡te estás portando!

ELENA Pero no comprendes que si en cosas más graves, más trascendentales. no he mentido nunca, voy ahora por un capricho... (Se levanta y tras ella Susana.)

SUS. Te juro que es mi felicidad, que es la felicidad de toda mi vida; que la otra noche soñé que se me apareció la Virgen, y enseñándome media naranja en donde estaba escrito el nombre de Guillermo, me dijo... (Mirando a la izquierda.) ¡La Directora!

DIR. (Por la primera izquierda.) Señorita Elena, ¿sabe usted dónde dejamos las actas del examen? Ese señor periodista quiere, para orgullo de las familias, poner las puntuaciones de las alumnas, y espera que se lo mande a la redacción.

ELENA Aquí, sobre esta mesa, creo que...

(La Directora se entretiene mirando y repasando los papeles de la mesa.)

DIR. Voy a ordenar que saquen copias y se las remitan. (Al fijarse en Susana, que está detrás de Elena) ¿Ya le dijo usted a la señorita Susana...?

SUS. (Aparte a Elena.) ¡Elena de mi vida!

ELENA Sí, señora.

SUS. (Lo mismo.) ¡Elena, que si lo pierdo me suicido!

DIR. Está bien.

SUS. (Lo mismo.) Elenita, por...

ELENA Señora...

DIR. Decía usted.

ELENA No, nada.

SUS. (Lo mismo.) Elena, mi felicidad está en tí.

ELENA Señora... Me olvidé decirla a usted... (Aparte.) ¡Qué trabajo me cuesta la primera mentira!

DIR. ¿Qué?

ELENA Que los papás... (Con un gran esfuerzo cómico.) los papás de Susana me encargaron que la acompañase al Hotel Palace para... para que se despidiera de un matrimonio...

DIR. Ah, sí, sí, vayan. Yendo con usted yo quedo tranquila. (Vase la Directora primera izquierda.)

SUS. (Abrazando y besando a Elena jubilosamente) ¡Toma, toma, toma!... ¡Ay, lo que te quiero! ¡Ay, lo buena que eres! Voy por los sombreros volando; pero antes, toma, toma, toma, (La abraza nuevamente y vase corriendo por la derecha.)

ELENA ¡He mentido! ¡Por primera vez en mi vida he mentido! Menos mal que es una cosa sin importancia, y que no traerá consecuencias.

SUS. (Que aparece con los dos sombreros) ¡Ea, en marcha!

ELENA Me parece que has recibido una prueba bastante grande de mi amistad.

SUS. Muy grande, muy grande, ¡qué buenísima eres!

DIR. (Por la primera izquierda, con un album en la mano.) Fíjese usted, señorita Elena, la impresión que ha dejado escrita en el album el señor periodista. (Leyendo) «Las mentiras nunca vienen solas sino que, como las cerezas, se enredan unas con otras. Hoy he conocido a una mujer que no ha mentido nunca. ¡Pobre de ella, si miente por primera vez!...»

ELENA ¿Eh?

DIR. ¡Qué pensamiento más bonito!

ELLAS ¡¡Precioso!! (Empiezan a colocarse los sombreros, mirándose en el espejo del foro.)

DIR. Me ha dicho usted antes que iban al Hotel Palace, ¿no?

ELENA Sí... sí, señora.

DIR. (Haciendo sonar un timbre.) ¡Qué casualidad! No me acordaba que también tenía yo que ir. Iremos juntas.

ELENA (Aterrada, y sin darse cuenta, lanza un grito.) ¡¡Ay!!

DIR. ¿Qué?...

ELENA (Indicando el alfiler del sombrero.) ¡Que me he pinchado!

DIR. (Fijándose en Susana, que con el susto se ha colocado el sombrero al revés.) ¿Se lo pone uated al revés?

SUS. (Por decir algo.) Es... por variar...

DIR. (A la DONCELLA, que aparece.) Tráigame el sombrero y el abriguito.

SUS. (¡Nos ha fastidiado!)

ELENA (¡Buena la hemos hecho!)

DIR. ¡Vayan, vayan delante! (Mutis cómico de las tres y telón rapidísimo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena dividida. Es el segundo piso del Hotel Palace. La división de la derecha, figura una rotonda. En el foro, la puerta del ascensor practicable y de cristales esmerilados para poder fingir el funcionamiento de éste. A la izquierda, primer término, puerta con el número 45 que conduce a la otra división y en todo este término hasta el fondo, otras puertas figuradas. A la derecha, arco grande que figura dar a la escalera. La división de la izquierda (que debe ser la de mayor espacio) figura una de las habitaciones del Hotel. No tiene más que la puerta de entrada, y una pequeñita al foro, que figura el cuarto de baño. A la izquierda una cama, mesita de noche. A la derecha, armario. Un veladorcito en el centro, una butaca. Tijera de madera para colocar la maleta, Un perchero. Todo muy lujoso y moderno.

(Al levantarse el telón está en escena, junto a la puerta del ascensor, PACO, un camarero viejo, con una maleta en la mano. Se abre el ascensor y sale de él un BOTONES, dando paso a DON JULIAN y SERAFIN. El Botones vuelve a entrar en el ascensor, cierra y desaparece. Don Julián es un viejecito pulcro y muy jovial; tiene todo el pelo blanco, viste elegante y no perdona jamás una espléndida flor en el ojal, ni el monocle. Serafín es uno de esos tipos eternamente cándidos que a pesar de sus treinta cumplidos sigue en la edad del pavo. Es rubio y en sus ademanes denota una excesiva cortedad.)

PACO (Indicando la habitación.) Este es el cuarto del señorito. El cuarenta y cinco.

JUL. Está bien. (Y entra en el departamento.)

PACO ¿El señor se queda también?

JUL. No, yo me voy ahora mismo a Segovia y

pasado mañana vendré a recoger a éste para acompañarle a Guadalajara a la fábrica de energía eléctrica que va a dirigir.

PACO ¿El señorito?

JUL. El señorito, que ¡por fin! ha terminado la carrera el año pasado y es ya ingeniero.

PACO (Con cómico asombro.) ¡Vaya!

JUL. Supongo que ese asombro no será por lo precoz, que aquí donde le ves tiene ya cumplidos los treinta. ¡Nos hace viejos! ¡Paco! ¿Te acuerdas cuando le conociste?

PACO Yo servía entonces en cása de un hermano del señor.

SER. Del tío Ramón, yo también me acuerdo.

PACO Como que fueron muchas las veces que al señorito y a su primo don Rafael les acompañé a paseo. Y por cierto que no se me puede olvidar lo diferentes de genio que eran los dos primos.

JUL. Este sigue con el mismo genio y siendo lo mismo de primo.

SER. Papá...

JUL ¿Lo ves hecho un hombre y con esa cara de Mefistófeles? Pues es una tórtola.

SER. Papá...

JUL. A su edad, no ha tenido novia aún...

PACO Pues yo le aseguro que como se quede en este hotel unos cuantos días ya se espabilará.

JUL. Hombre, a ver si haces tú el milagro, porque yo no sé a quién ha salido esta gacela.

PACO Al señor, desde luego que no.

JUL. (A Serafín.) Bueno, pues aquí te quedas ¡a ver qué haces!

SER. Ahora voy a afeitarme y a lavarme un poco, vengo hecho un asco del tren.

JUL. Te advierto que estás en el Hotel más alegre de Madrid. Ya verás cuando bajes al comedor la de mujeres guapas que tropiezan contigo.

PACO Ahora hay una *troupe* de rusas que bailan en el Teatro Real...

JUL. ¿Alegritas, eh?

PACO ¡Castañueleantes! Traen revuelto todo el hotel.

JUL. Pues a ver si picas con alguna, hijo.

SER. ¡Papá!

JUL. ¡Qué papá, ni qué narices! Es necesario que

demuestres los años que tienes, rico. (Saca de la cigarrera dos puros.) ¿Fumas, Paco?

PACO Ahora no puedo por el servicio, pero lo guardaré para luego.

JUL. (A su hijo.) ¿Y tú?

SER. Si usted se empeña...

JUL. ¿Cómo si me empeño? Toma ese Bismark y pide un par de botellas de champagne y conquista a una rusa o a dos o a toda la *troupe* como dice Paco. Hombre, le regalo cien duros al primero que me diga: ¿Sabe usted la aventura que ha corrido su hijo? Bueno, y se me hace tarde y me parece que voy a perder el tren. Ya lo sabes, pasado mañana estaré de regreso, pasaremos aquí la noche y en el primer tren del domingo, nos iremos a Guadalajara. El señor Fortuny, el propietario de la fábrica, te está esperando de un día a otro. Vaya, Paco, hasta la vuelta.

PACO Adiós, señor, y me alegro tanto de haberles vuelto a ver.

JUL. Y tú, venga un abrazo y hasta el sábado.

SER. Adiós, papá.

JUL. Y ánimo, hijo, ánimo. (Sale de la habitación y desaparece por la derecha.)

PACO ¡Qué buen carácter ha tenido siempre su papá de usted! Gasta broma hasta con los de la vacuna.

SER. Sí, es muy alegre. (Abriendo la maleta.)

PACO Deje usted, deje usted, señorito, no se moleste ¿qué quiere usted sacar?

SER. Mi pijama, una tohalla y ropa para mudarme. Oiga, ¿se baja de etiqueta al comedor?

PACO Por la noche sí.

SER. Pues saque también el smoking

PACO Ya puede entrar el señorito al tocador, que todo se lo arreglaré yo. (Sacando el pijama.) El pijama.

SER. Traiga.

PACO Las zapatillas.

SER. Deme el jabón y la tohalla. (Lo toma.)

PACO (Sacando un estuche.) ¿Este será el estuche de afeitar?

SER. Sí; traiga también. Gracias. (Pasa al cuarto de baño desde donde habla.)

PACO La ropa blanca se la pondré sobre la cama.

SER. (Dentro.) Sí, donde usted quiera.

PACO (Va sacando las prendas de la maleta y colocándolas sobre la cama. Esta debe tener una colcha color grana para que la ropa blanca resalte mucho sobre ella. Después saca el traje de smoking y lo cuelga en el perchero.) Es lástima que no se quede usted en Madrid. Hay aquí cada pedazo de señora. Ya ve usted que yo peino canas, (Indica su calva.) y muy pocas, pero no hay noche que me retire del servicio, sin tener que cavilar antes: ¿Con cuál me toca hoy?

SER. (Dentro.) ¡Ja, ja, ja!

PACO No se ría usted, que le estoy diciendo la verdad.

SER. Sí, le creo.

PACO Si el señorito estuviera nada más que ocho días en el Hotel, ya vería. ¡Aquí suceden una de cosas! Y desde que están las rusas, más. Como que no reparan en nada. Se meten en todas partes Aquí hay muchos líos de esos. (Suena un timbre.) Me parece que han llamado. Bueno, señorito, aquí le queda todo preparado.

SER. Sí. sí, está bien.

PACO Si algo se le ocurre, no tiene más que llamarme. Dos toques, ¿eh?, que si da usted tres, viene la camarera.

SER. Daré los dos toques.

PACO Y ánimo, ánimo, que hay que alegrar la vida.

(Vuelve a sonar el timbre.)

SER. Ande, no le vayan a regañar por mi culpa.

PACO No se apure el señorito. ¿Quiere algo más el señorito?

SER. No, gracias.

PACO Pues hasta cuando quiera el señorito.

SER. Adiós, cierre bien la puerta.

PACO Sí, señorito. (Sale de la habitación y cierra bien la puerta.) Tiene razón el señor. Sigue tan tímido como antes.

Guillermo (Por la derecha.) Oiga, camarero, ¿el número 45, la habitación del señor Cañedo?

PACO Esa es. (Vase apresuradamente por derecha.)

GUILL. Gracias. (Llamando con los nudillos en la puerta.)

SER. (Dentro.) ¿Quién?

GUILL. Abre, que te vas a llevar una sorpresa.

SER. Voy.

GUILL. Me parece que es él, creo que no me equivoco. (SERAFIN sale del cuarto de baño. Viste ya

el pijama y saca en la mano la brocha de afeitar. Abre la puerta. Reconociéndole.) ¡Sí que es el mismo! ¡Chico!

SER. (Sorprendido.) Pero...

GUILL. ¿No te acuerdas de mí, hombre?

SER. ¡Pues no he de acordarme! Guillermo Perales.

GUILL. El mismo. Pero abrázame.

SER. Ya lo creo.

GUILL. Estaba abajo en el hall, te he visto de refilón al entrar, y me dije: «esa cara es de Angel».

SER. Esta cara no es de ángel, precisamente.

GUILL. Bueno, de Serafín, es igual; pregunté el número de tu cuarto y he subido como una flecha a darte un abrazo. ¿Y qué? ¿qué haces por Madrid? ¿cuándo acabaste la carrera? ¿te acuerdas cuando estudiábamos juntos? Yo he estado seis años en Bilbao, en una fábrica que ha cerrado al terminar la guerra, y entre quedarme allí o volver a los madriles, opté por lo último, y aquí me tienes en espera de un nuevo destino, que ya saldrá. Pero, cuéntame algo, hombre.

SER. Si me dejas que hable.

GUILL. Tienes la palabra. Oye, antes una cosa: cuando yo terminé la carrera, ¿tú estabas aún en el tercer año, no?

SER. Justo, en el tercero.

GUILL. Entonces acabarías...

SER. El año pasado.

GUILL. ¿Eh?

SER. Sí, chico; don Fermín, el catedrático, me suspendió al año siguiente de terminar tú; me presenté en Septiembre y me volvió a suspender; volví en Junio, y otro cate, y ante esta actitud, me dije: esperaré a que lo jubilen o a que se muera, y como hace tres años que Dios lo llamó a su seno, el nuevo catedrático me aprobó...

GUILL. ¡Colosal!

SER. Oye, ¿y vives en este hotel?

GUILL. No, vengo al té, a ver a una muchacha, de la que estoy enamorado desde el jueves. Una criatura ideal, una rubia preciosa, con unos ojos de Pastora Imperio, un candor de Raquel Meller y un sprit de Tórtola, que vamos...

SER. ¡Qué exagerado eres!

GUILL. Palabra de honor que no exagero. ¡La criatura más bonita que pisa Madrid..

SER. Pues que sea para bien, como dicen en los pueblos.

GUILL. Acepto el deseo, porque me parece que va a convertirse en realidad. Estoy decidido a que sean unas relaciones formales, y pienso empezar por donde los demás acaban: pidiéndole permiso a sus padres para hablarla.

SER. ¿Los tratas?

GUILL. No, y lo que es peor, no sé aún quien son. Sólo sé que ella se llama Susana, nombre de heroína, ¿verdad? Sus padres deben tener dinero, porque a deducir del aspecto.. Son pueblerinos, ¿sabes?; pero de los que guardan peluconas en el fondo del arca. Esta tarde, en cuanto les vea, les abordo. Y tú qué, ¿cuándo te casas?

SER. ¡Uy, aún queda!

GUILL. ¿Sigues tan tímido, tan poca cosa?

SER. Hombre, sabes que ya me estáis cargando todos con la misma monserga.

GUILL. Pero, si ya en el Instituto decíamos que eras del «dominio público» porque todos hacían de tí lo que querían.

SER. Pues he cambiado.

GUILL. Me alegro. ¿Y qué? ¿Vienes a emplearte aquí?

SER. No; vengo de paso. El domingo tomaré posesión de mi destino. Es en una fábrica.

GUILL. (Levantándose rápidamente después de ver su reloj.) Chico, perdona, ya me lo contarás luego. Son las cinco, la hora en que quedó en venir mi chiquilla. Después subiré.

SER. Como quieras.

GUILL. ¿Hasta luego, eh?, hasta luego. Y me he alegrado de verte.

SER. Y yo.

GUILL. Y de abrazarte.

SER. Y yo.

GUILL. Y de que hayas cambiado.

SER. Y...

GUILL. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! (Vase corriendo, deja la puerta entornada únicamente y desaparece por la derecha.)

SER. (Metiéndose de nuevo en el cuarto de baño.) Yo comprendo que tiene razón, y que soy un

poco corto de genio, pero.. no tan corto como dicen, ¡caray! (Mutis.)

(Se abre la puerta del ascensor, sale el Botones y da paso a ELENA, SUSANA y la DIRECTORA. El Botones vuelve al ascensor y desaparece.)

DIR. Ea, ya hemos llegado.

(SUSANA y ELENA traen la cara de sorpresa y terror natural del caso.)

SUS. (Mirando a Elena.) Sí.

ELENA (Mirando a Susana.) Sí, ya hemos llegado.

DIR. ¿Me han dicho ustedes que iban al 45, verdad?

SUS. Sí, sí... ¿Era el 45, Elena?

ELENA Sí, el 45.

DIR. (Fijándose en la numeración de los cuartos e indicando el 45.) Pues ahí lo tienen. ¡Qué casualidad!

SUS. ¡Verdad! Mira, Elena, ahí está.

ELENA (Que no sabe qué decir.) ¿Qué suerte, eh?

DIR. Yo voy al 28. Nos han dicho en el *comptoir* que estaban en este piso los dos, pero el mío no lo veo.

SUS. Vamos a buscarlo.

ELENA Sí, vamos a buscarlo, y como ya sabemos donde está el 45, la dejamos a usted en el 28 y volvemos solas.

SUS. Eso es.

DIR. De ninguna manera. No consiento que se molesten ustedes. Además, si ese matrimonio les esperaba a las cinco en punto no deben retardar la visita.

ELENA No importa. Son de confianza.

DIR. Ah, pero, ¿usted los conoce?

ELENA Sí... no; es que me ha dicho Susana que son de mucha confianza

DIR. De todos modos, no consiento que se molesten por mí, ni que por mí tengan que esperar esos señores.

ELENA Pero..

DIR. Nada. Llamen. (Al ver que no lo hacen.) ¿Llaman ustedes o llamo yo?

LAS DOS ¡No! ¡No!

ELENA Llamaremos nosotras. (Aparte.) ¡Dios mío, que sea una señora sola la que ocupe este cuarto! (Llamando muy débilmente.)

DIR. ¿No contestan?

ELENA Sí. (Al intentar llamar más fuerte cede la puerta.) Ah, está abierto. (Aparte.) No debe haber nadie. (Cómicamente.) Pasa, Susana.

SUS. No, tú primero. (Entra Elena, que antes saluda a la Directora con la cabeza. Tras ella Susana.)

DIR. Hasta luego. (Desaparece por derecha.)

SUS. (En voz muy baja y cerrando la puerta.) ¡No hay nadie! ¡No hay nadie!

ELENA Chist... calla. Y ya que hemos tenido la suerte de encontrar desocupada esta habitación, esperemos a que haya entrado la Directora en el 28 y volvamos al Colegio.

SUS. ¿Sin verle a él?

ELENA Sin ver a nadie. ¡He pasado un su-to horrible! ¿Tú ves las consecuencias de mentir, tú lo ves?

(Serafín tose dentro.)

ELENA (Asustada.) ¿Eh?

SUS. ¡Una tos de hombre!

ELENA ¡Y debe estar ahí dentro! ¡En el cuarto de baño! ¡Jesús!

SUS. (Fijándose en la ropa que hay sobre la cama.) Sí que está. Mira.

ELENA ¡Ropa interior! ¡Vámonos! ¡Vámonos!

(En el momento en que se dirigen a la puerta para abrirla y salir aparece SERAFIN, con media cara enjabonada y que se limpia rápidamente al verlas.)

SER. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Dos mujeres!

SUS. ¡Un hombre!

ELENA ¡Y con ese traje! (Se vuelven rápidamente y hacen de espaldas a él la escena.)

SER. Señoritas...

ELENA Perdone usted, caballero. Es que nos hemos equivocado de cuarto... ¿sabe?

SER. No, no sabía nada.

ELENA Natural que no lo sabía, por eso se lo decimos.

SUS. Nos hemos equivocado

ELENA Veníamos al 43 y.. Vámonos. Usted perdone. Sal.

SUS. (Abre con cuidado y vuelve a cerrar rápidamente.) ¡No! No podemos salir.

ELENA ¿Por qué?

SUS. Porque está ahí enfrente la Directora hablando con un señor.

SER. (Aparte.) ¿La Directora? Estas son dos rusas.

ELENA Caballero, haga usted el favor de volver a esa habitación, que en seguida nos vamos.

(Los tres están turbadísimos toda la escena.)

SER. Sí, sí... como ustedes quieran... Y si quieren ustedes que me vaya yo...

ELENA No, no, no se moleste

SER. No es molestia, al contrario.

ELENA (A Susana, que está mirando por el ojo de la cerradura.) ¿Se ha ido ya?

SUS. Todavía no.

SER. Pueden ustedes sentarse...

ELENA Muchas gracias, muchas gracias.

SER. (Aparte.) Yo no sé qué actitud debo tomar.

SUS. Oye... (Dejando de mirar por la cerradura.) ¿Es guapo, verdad?

ELENA Calla y mira a ver si se va. Bonita estoy para fijarme si es guapo o feo.

SUS. Aun sigue ahí.

ELENA Ya nos vamos, caballero, no se apure usted.

SER. Si no me apuro, señoritas; es decir, sí me apuro, porque veo que están ustedes en...

ELENA En un apuro...

SER. ¿Quieren ustedes que avise al camarero?

LAS DOS ¡No!

SER. Es por si algún importuno les está molestando.

ELENA No, no... muchas gracias... muchas gracias.

SER. (Aparte.) Caramba, que se vayan pronto, porque si se le ocurre venir a alguien y me encuentran aquí con estas dos señoritas..

ELENA ¿Me hace usted el favor de un poco de agua?

SER. Con mucho gusto. (Va a la mesita de noche, coge la botella y le sirve. Siempre turbado.)

ELENA (A Susana.) ¿Todavía está ahí?

SUS. Todavía.

ELENA Mira que si se le ocurriera venir a buscarnos y nos encontrara aquí con este hombre y en ese traje y en una alcoba.

SUS. ¡Qué escándalo!

SER. El agua.

ELENA Gracias... ¿Por qué no se cubre usted un poco, aunque sea con la colcha...?

SER. Si ustedes lo desean. (Quita la colcha de la cama y se la coloca cómicamente.)

ELENA Sí, señor. Es un momento nada más, porque ya nos vamos.

SER. (Aparte.) Les da vergüenza verme en pijama.

SUS. (Que continúa mirando.) Ya se va.

ELENA No, no se lo ponga.

SER. ¡Bueno!

SUS. (Respirando.) ¡Se fué!

ELENA Ay, pues anda, anda... Caballero, usted nos perdonará el mal rato que le hemos dado.

SER. El mal rato ha sido para ustedes dos.

ELENA No, para los tres, que usted también...

SER. Sí, tiene usted razón, para los tres.

ELENA Pues, muchas gracias, y servidora de usted.

SER. Beso a usted los pies.

SUS. Buenas tardes.

SER. Buenas tardes.

(Abren la puerta y salen cautelosamente al pasillo; Serafín se mete en el cuarto de baño dando un suspiro de satisfacción. Al cruzar ellas por delante del ascensor, se abre éste y aparecen dentro de él DON GASPAR y DOÑA RAIMUNDA, que retrasan un poco su salida hablando con el Botones.)

SUS. (Viéndolos.) ¡¡Mis padres!! (Empujan las otras puertas y están cerradas. Intentan irse por la derecha.) Que vuelve la Directora.

ELENA Pues no hay más remedio, aquí otra vez.

SUS. Va a protestar.

ELENA Le tapamos la boca. (Vuelven a entrar en el 45 quedándose las dos pegadas a la puerta y mirando al cuarto de baño. Gaspar y Raimunda salen del ascensor.)

RAIM. (Al Botones.) Sí, muchas gracias, ¿a la derecha, verdad? aligera, Gaspar, que tenemos el tiempo justo.

GAS. Es la señora del diputado y no hay más remedio que detenerse un poco.

RAIM. Saludarla nada más; ir por la niña al Colegio y marcharnos.

GAS. Es por aquí, ¿verdad?

RAIM. Sí, hombre; a la derecha, el 32.

DIR. (Por la derecha.) Señores.

RAIM. La Directora.

GAS. Venimos a hacer una visita muy urgente.

RAIM. Sí, discúlpenos.

DIR. Ustedes son los que me han de disculpar a mí por no poderles acompañar. Les advierto que Susanita ha venido conmigo.

RAIM. Ah, ¿ha venido por fin?

DIR. Sí, conmigo.

GAS. ¿Con quién mejor?

DIR. Está aquí en el 45, saludando a ese matrimonio.

GAS. Pues no la espere usted. Nosotros la recogeremos, y con ella iremos al Colegio a despedirnos de las señoras profesoras.

DIR. Entonces... hasta en seguida.

GAS. Sí, en seguida vamos por allá.

DIR. El equipaje está ya en la estación.
RAIM. Gracias.
DIR. Muy buenas.
(Se marcha la Directora. Susana abre un poco la puerta y mira por la rendija. Serafín sale con la cara completamente enjabonada.)
ELENA ¿Se han ido ya?
SUS. No veo nada.
SER. Pero, ¿otra vez están ustedes aquí?
ELENA Chist...
SER. Pero..
ELENA O se calla usted, o...
(Gaspar da unos golpecitos en la puerta.)
SUS. (Con terror.) ¡Ay!
ELENA ¿Qué?
SUS. ¡Que llaman aquí!
(Serafín vuelve a secarse el jabón.)
SER. ¿Quién?
SUS. Y nos hallarán con este hombre...
ELENA ¡Y verán esa ropa interior!
SUS. (Viendo que cede la puerta poco a poco.) Y empujan...
ELENA ¡Y entran!
(El cuadro cómico natural y entrada de Raimunda y Gaspar.)
RAIM. Ustedes perdonen, pero...
SER. (Aparte.) ¿Quién serán estos señores?
ELENA (Aparte.) Valor.
RAIM. Bastó empujar un poquito la puerta para que se abriera...
SUS. (Abrazándole.) ¡Papá!
SER. (Aparte.) ¡Su papá!
SUS. (Abrazándola.) ¡Ay, mamá!
SER. (Aparte.) ¡Ay... su mamá!
GAS. Picarilla, por fin viniste al Palace.
SER. (A Elena.) ¿Me quiere usted decir?
ELENA Cállese usted y sálvenos, o le buscamos un compromiso horrible.
GAS. Nos ha dicho la Directora que estabas aquí visitando a un matrimonio. Deben ser estos señores.
ELENA Sí, sí... Mi marido.
SER. ¿Eh?
ELENA Mi marido... mi marido... este es mi marido.
SER. Pero...
ELENA (Aparte a Serafín.) Diga usted que yo soy su mujer.
SER. Pero...

ELENA Dígalo.

SER. (Balbuceando.) Mi... mi señora.

RAIM. Y por lo visto, deben ustedes ser recién casados.

ELENA Sí... nos casamos en Octubre, el año pasado.

GAS. ¡Ah!.. Ya caigo. Esta señora es tu antigua compañera de Colegio, Lolita Méndez, ¿no?

SUS. Sí, la misma.

ELENA Sí, sí, señora, sí; yo soy Lolita Méndez. Lo ha adivinado su esposo de usted. ¡Parece mentira!, ¿eh?

GAS. Por la fecha del matrimonio.

RAIM. Y porque nuestra hija nos había dicho que era usted muy guapa .. ¡Qué suerte ha tenido este caballero!

SER. ¿Yo?

ELENA Sí, hombre, sí; da las gracias. (Aparte.) Dé usted las gracias.

SER. Sí, sí, señor; tengo muchas gracias... digo, tengo mucha suerte, muchas gracias...

ELENA Está un poco turbado; como le ha sorprendido la visita de Susana y ustedes... así, con ese traje de mamarracho.

SER. ¿Cómo mamarracho? (Aparte a Elena.) ¡Es un pijama de cien pesetas!

GAS. Por nosotros no se preocupe. Yo uso un batín en casa que es mucho más feo que eso que lleva usted puesto.

RAIM. ¿Y qué? ¿Se querrán ustedes mucho?

ELENA Mucho, mucho, sobre todo yo a él. Porque aquí donde le ven ustedes que parece una mosquita muerta... es muy pillo, muy pillo.

RAIM. ¿De veras?

ELENA ¡Me da cada disgusto!

SUS. (Aparte.) ¡Pero qué bien miente! ¡Cualquiera lo diría!

ELENA ¡Es un calavera, un calaverón! El no lo confesará, pero lo es.

GAS. ¡Hombre, hombre!

SER. Caballero, yo...

ELENA ¿Ve usted? Ya va a disculparse. ¡Es su manía! Negarlo todo. ¡Yo creo que va a llegar ocasión en que niegue que yo soy su mujer!

SER. (Muy serio.) ¡Y llegará! ¡Ya lo creo!

GAS. (Riéndose, lo mismo que Susana y Raimunda.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Es también bromista, ¿eh? Si mal

no recuerdo, Susana nos escribió que usted era médico.

SER. No, señor.

ELENA ¡Sí, señor!... sí, es médico; sólo que no le gusta que lo sepan, porque no le tiene mucha afición a la carrera. Se le murieron los cuatro primeros enfermos que visitó, y desde entonces... ¿verdad, maridito? (Aparte.) ¡Diga usted que sí!

SER. (Turbadísimo.) Sí, sí... sí...

GAS. Y les voy a dar a ustedes una prueba de mi buena memoria. Ya ven ustedes, que hace cerca del año, bueno, pues a que me acuerdo de cómo se llama usted.

SER. ¿Yo?

ELENA Sí, hombre, sí; déjalo, no se lo digas; a ver si se acuerda. A ver .. a ver cómo se llama.

GAS. Julio.

ELENA Eso... eso, Julio.

GAS. Frutos.

ELENA Frutos, justamente. Julio Frutos. ¿Ves? Ya ves cómo lo ha adivinado.

RAIM. Este marido mío es un prodigio para acordarse de las cosas. ¡No se equivoca nunca!

SUS. ¡Nunca!

GAS, ¡Nunca!

ELENA ¡Nunca!

SER. ¡Nunca!

RAIM. Pues no sabe usted lo que celebramos haberla conocido. Y bien sabe usted que si antes no habíamos tenido ese gusto...

ELENA El gusto hubiera sido el mío.

RAIM. Ha sido porque siempre se negó usted a venir a pasar una temporadita a nuestra casa.

GAS. Y eso que Susana nos escribió que la tenía medio convencida, ¿verdad?

SUS. Verdad, pero no ha querido.

ELENA Este ha tenido la culpa.

SER. ¿Yo?

ELENA Tú, sí, tú.

SER. ¡Bueno!

GAS. Pero estamos a tiempo; esta noche nos vamos. Arreglan ustedes la maleta y se vienen con nosotros.

ELENA ¿Qué te parece, maridito? (Aparte.) Diga usted que no.

SER. Claro que lo digo; que no.

ELENA Ay, qué bruscote eres, hijo.

SUS. (Aparte.) Menos mal que en su atontamiento no ha dicho que sí.

ELENA Es que... éste... Julito, Julito tiene que hacer ahora en Madrid.

RAIM. Pues véngase usted unos días.

SUS. Sí, vente unos días.

ELENA No, no me atrevo a dejarlo solo; le gustan mucho las faldas y...

GAS. ¿De verdad?

ELENA Como que por eso son todos nuestros disgustos.

GAS. Vaya, vaya... (Pausa cómica.)

RAIM. Gaspar.

GAS, ¿Qué?

RAIM. Que aquí estamos muy a gusto, pero el tiempo pasa y hay que ver a la señora del diputado.

GAS. Tienes razón. Ven con nosotros, Susana, así la conocerás.

SUS. Y que venga Elena también

GAS. ¿Qué Elena?

SUS. Lola, Lola...

SER. Sí, sí, que vaya, que se vaya...

GAS. De ninguna manera, no me gusta separar matrimonios ni por un cuarto de hora. Vamos.

RAIM. Pero no nos despedimos. Al volver entraremos a decirles adiós.

ELENA Como ustedes gusten.

GAS. Conque... hasta después.

ELENA Adiós, señores, y gracias por la visita.

RAIM. De nada.

ELENA (Aparte a Serafín.) Diga usted algo, hombre.

SER. (Aparte.) ¿Y qué voy a decir?

ELENA (Aparte.) Adiós o gracias... algo.

(Se van Gaspar, Raimunda y Susana. Esta, que sale la última, le indica desde la puerta a Elena silencio.)

SER. ¡¡Gracias a Dios!! Ahora sí que lo digo de corazón.

ELENA Es lo único que se le ha ocurrido a usted.

SER. No; si se me había ocurrido otra cosa. Decirles a estos señores que es usted la embustera más grande que he conocido.

ELENA ¿Yo embustera?

SER. Pero una embustera con diploma y medalla de honor.

ELENA ¡Y usted el hombre más idiota que me he tropezado en la vida!

SER. Señorita... yo le ruego a usted...

ELENA ¡En menudo conflicto nos ha puesto usted por estar en este cuarto!

SER. Yo no tengo la culpa de que ustedes se metan en las habitaciones que no son suyas.

ELENA Y si al menos hubiera usted estado vestido como las personas y hubiera usted tenido esas prendas interiores en el baúl o en el armario...

SER. Eso es; de modo que ahora voy yo a resultar el culpable.

ELENA Naturalmente. Si usted no hubiera salido de esa habitación yo no tenía necesidad de haber dicho ninguna mentira, porque sepa usted, caballero, que yo no sé mentir.

SER. ¿Que no sabe usted mentir? Bueno, señorita, yo le suplico que termine esta situación que...

ELENA Sí, sí, ya me voy. ¿Qué se había creído usted? Pero antes quiero dejarle el convencimiento de que yo no he venido aquí con ningún fin, y que si he mentido diciendo que es usted mi marido...

SER. Y obligándome a mí a decir que era usted mi mujer.

ELENA No haberlo dicho.

SER. ¿Qué iba a hacer? Negarlo hubiera sido poco galante.

ELENA Pero, ¿me quiere usted hacer creer que lo ha dicho por galantería? Cá; no, señor. Usted lo ha dicho porque descubriéndome se descubría, y a ver qué explicación daba usted a los padres de esa señorita al hallarla aquí con usted y con esos cuerpos del delito. (Por la ropa blanca.)

SER. ¡Ah! Pero ¿es que es un delito tener ropa blanca?

ELENA Sí, señor. ¡La ropa blanca se debe tener oculta! Eso es lo decente.

SER. De modo que, después que me he prestado a servirle a usted de comparsa...

ELENA Pues, hijo, ni para eso sirve usted, porque ha faltado muy poco para que nos descubrieran por su torpeza. Ha estado usted completamente alelado.

SER. Le ruego, señorita, que se modere y...

ELENA Claro que me voy.

SER. De lo contrario me figuraré que..

ELENA (Descompuesta.) ¿Qué se atreve usted a suponer?

SER. (Miedoso.) No, nada...

ELENA ¿Será usted capaz de pensar que hemos entrado aquí porque estamos enamoradas de usted?

SER. ¡Dios me libre!

ELENA Muy galante, muy galante, es usted muy galante. (Paseándose nerviosa por el cuarto.)

SER. (Aparte.) ¡Y no se va!

GUILL. (Por la derecha, mirando a todas partes.) Pero ¿dónde se habrá metido esa criatura? El camarero me ha dicho que ha visto entrar a una colegiala acompañada de una señorita y una señora, que han tomado el ascensor y han subido. Voy a preguntar a éste si las ha visto por casualidad... (Empuja la puerta.) Serafín, ¿se puede?

SER. (Sin saber qué decir.) ¡¡No!!

ELENA (Aterrada.) ¿Eh?

SER. Digo, sí, adelante.

ELENA ¡Qué vergüenza! (Tapándose la cara con los calzoncillos, que habrá dejado Serafín sobre el respaldo de la cama.)

GUILL. (Entrando y retrocediendo al ver a Elena.) ¡Chico!... Dispensa, no sabía. Hasta luego. (Marchándose cerrando la puerta con fuerza.) ¡Caray con el tímido! ¿Estarán en el otro piso? Yo las encuentro, vaya si las encuentro. (Desaparece.)

ELENA (Que se ha quedado suspensa.) Pero, ¿por qué se marcha así ese joven, me lo quiere usted decir?

SER. ¡Ah! ¿Quería usted también que se la presentase como mi señora?

ELENA Peor es que se lo haya figurado. (Desesperada.) ¡Será usted mi perdición! ¿Por qué entraría yo en este cuarto?

SER. ¡Eso es lo que me estoy preguntando yo hace media hora! ¿Quiere usted hacer el favor de marcharse de una vez?

ELENA Sí, señor, sí; ahora mismo. (Aparte.) ¿Y qué hago yo? ¿Dónde voy sin Susana? (Alto.) Pero que conste que hemos entrado aquí por una equivocación que lamento sobre manera porque me ha proporcionado el disgusto de conocer a usted.

SER. El disgusto ha sido el mío.

ELENA ¿Qué dice usted?

SER. No... nada... nada... al contrario. (Aparte). ¡Esta me pega!

ELENA (Entreabriendo la puerta y observando) Quede usted con Dios, y celebraré no volver a verle más.

SER. Lo mismo digo.

ELENA ¿Cómo?

SER. Nada. . señorita, nada. Que adiós.

ELENA ¡Ah!

(Sale del cuarto cerrando de golpe la puerta. A tiempo que de derecha foro hace una pasada con un servicio de té, PACO)

PACO Caramba, caramba, vaya una prójima que sale del cuarto del mosquita muerta. Ya se lo diré yo al papá. (Vase.)

SER. ¡Gracias a Dios! Que razón tenía el camarero al decir que aquí había la mar de líos. No, pues a mí no me meten en más.

(Se mete de nuevo en el cuarto de baño, después de echar la llave a la puerta.)

ELENA (Que se ha quedado de espaldas al foro y sin saber por dónde dirigirse.) ¡Ay, Dios mío! ¿y qué hago yo ahora? ¿Cómo voy al Colegio sola? Y cómo confieso la verdad, porque de ir no tengo más remedio que confesar que he mentido ¡Ah, qué idea! ¡Ya está! Acepto la invitación que me han hecho y me voy con ellos. Desde allí ya combinaremos la forma de tapar esta mentira.

SUS. (Por la derecha seguida de GASPAR y RAIMUNDA.) Elena... digo, Lola, Lola.

ELENA Susanita. (Quedan hablando.)

GAS. Me alegro haber encontrado a la diputada. Aunque la visita fué corta ya hemos cumplido.

SUS. (A Elena.) Sí, es una gran idea. (A sus padres.) Papá, mamá .. viene con nosotros

RAIM. Muy bien.

GAS. ¿Y su marido?

ELENA ¿Qué marido?

GAS. ¡Qué graciosa! El suyo, ¿viene también?

ELENA Ah, sí, mi marido. No, no viene. El mismo me ha propuesto que me vaya unos días con ustedes. Precisamente ha tenido que salir a escape de Madrid, ahora lo estaba despidiendo... un telegrama urgente... su papá se ha caído de una escalera y..

GAS. ¡Caray!... ¿De una escalera?

SUS. (A Elena.) ¡Que esa es muy gorda, Elena!

ELENA (Queriendo enmendarla.) Bueno... eso creo yo... que ha sido el pretexto.

RAIM. Entonces...

ELENA Verá usted... verán ustedes... es que... (Al no encontrar la mentira precisa, no se le ocurre otra cosa que echarse a llorar desesperadamente.) ¡Mi marido es muy malo!... ¡Soy muy desgraciada!...

RAIM. ¡Ah!... Vamos... Un disgustillo...

ELENA (Viendo el cielo abierto.) ¡Eso! Un disgustillo... pero un disgustillo horrible... Sí, señora, ¡horrible!

GAS. ¿Y cómo ha sido eso? Tan contentos como les dejamos.

ELENA Pues nada. Cuando se marcharon ustedes, yo le dije que quería pasar unos días con Susana; él, se opuso, alegando que teníamos que ir a casa de sus padres; me negué a ello, porque mi suegra es muy antipática... estando en esto, llega un telefonema y después de leerlo me dice de una manera descompuesta .. ¡Ya puedes irte a Guadalajara! Tengo que marcharme sin perder momento, pues mi padre se ha caído por una escalera. Tomó su maleta y se marchó.

SUS. (Aparte.) ¡Es la María Guerrero!

GAS. ¡Qué cosa más rara!

ELENA ¡Es que tiene un genio horrible!

GAS. ¡El suegro! ¡Claro, habrá tropezado y...!

ELENA ¡No! Si el del genio es mi marido.

RAIM. Pues no hay más que hablar. Usted viene con nosotros ahora mismo a Guadalajara y ya verá usted como él no tardará en ir a buscarla.

ELENA ¡Ay, Dios mío!

SUS. No te apures, mujer. Eso no será nada...

GAS. Además, yo le aseguro que si él no va a reunirse con usted en seguida, yo mismo iré a su casa a buscarle. ¡Pues no faltaba más. ¿Necesita usted preparar algo?

SUS. No, nada; como se tratará de un par de días. Además, que no hay tiempo, mamá. Ella dejará encargo de que se lo manden.

GAS. ¿Entonces nos acompañará usted también al Colegio?

ELENA ¿Eh?

RAIM. Susana tiene que despedirse de las profesoras...

GAS. Para usted será una alegría ver de nuevo a la Directora y a las...

ELENA Sí, sí, mucha alegría, pero yo no puedo ir.

SUS. Ni nosotros tampoco, papá. Fíjate en la hora. Faltan treinta y cinco minutos para la salida del tren. (Mostrándole su reloj pulsera.)

GAS. Es verdad. Nos despediremos por teléfono desde la estación.

RAIM. Ea, en marcha. (Hacen mutis.)

ELENA (Aparte.) ¡Ay, gracias a Dios que respiro!

SUS. ¡Y no he podido verle ni hablarle!

ELENA ¡Menudo lío!

(Por la izquierda un poco oculto GUILLERMO.)

GUILL. ¡Ella! ¡Y se va de Madrid!

SUS. (Viéndole y dando un grito.) ¡¡¡El!!!

ELENA ¿Eh?

RAIM. (Dentro.) ¿Pero vienen ustedes o qué?

SUS. (En voz muy alta.) Oye, Elena, mi papá se llama don Gaspar Fortuny, ¿verdad?

ELENA ¡Claro!

SUS (Casi gritando lo que dice.) Y nos vamos a Guadalajara, a Guadalajara, ¿no?

ELENA (Haciendo mutis e imitándola.) Sí, mujer, a Guadalajara. ¿Te has vuelto loca?

(GUILLERMO sale a escena con intención de seguirlas.)

GUILL. ¡Encantadora, encantadora! Yo debía abordar al padre y decírselo, pero me parece un poco violento. Don Gaspar Fortuny. En Guadalajara. No se me olvidará. (Vase derecha.)

SER. (Por el cuarto de baño y vestido de calle, rápidamente y como resultado de una resolución de momento mete de cualquier manera todos los efectos en la maleta.) Nada Lo he decidido. Yo no estoy aquí ni un minuto más. Voy a tomar posesión de mi destino. Telegrafiaré desde allí a mi padre. A mí no me ocurren más líos, porque, ¿quién me asegura a mí que esta señorita no es una rusa? y además de las bolcheviquistas... ¡A mí no!

(Toma la maleta, sale de su cuarto y se marcha por la derecha. Se abre el ascensor y sale de él DON JULIÁN.)

JUL. (Entrando en el cuarto.) ¡Serafín! ¡Serafín! ¿Dónde se habrá metido este chico? ¡Serafín! (Entrando en el cuarto de baño,)

(PACO por la derecha y dirigiéndose al 45.)

PACO Que si vuelve su padre que le diga... (Al entrar en el cuarto sale del de baño don Julián.)

JUL. Este chico, ¿dónde andará?

PACO ¡Don Julián!

JUL. Sí, hombre, he perdido el tren. ¿Y mi hijo?

PACO ¿Su hijo? Él me ha dicho que le diga a usted que se va a su destino, pero pa mí que donde ha ido es a que le espabilen.

JUL. ¿Qué dices?

PACO Que se ha ido con una...

JUL. ¿Con una rusa?

PACO ¡Con una rusa! (Chupándose los dedos.)

JUL. ¡Hombre! ¡Ya era hora! (Dejándose caer satisfecho en la butaca. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala despacho de Don Gaspar, en Guadalajara. Mesa a la derecha con varios libros y papeles. Un sofá y unos sillones y sillas repartidos convenientemente. Puerta al foro izquierda y otra al lateral izquierda. Ventana al foro derecha, un poco en chaflán. En el lateral derecha y entre otros, cuadros de planos, dibujos, etcétera; uno con una vista de una gran fábrica.

—

(Al levantarse el telón está en escena, con varias sábanas dobladas al brazo, apoyada la espalda en la ventana y como si hablase con alguien que ocupase el piso de arriba, GENARA, criada de pueblo.)

GEN. Sí señora, ya ha bajao Bastian a la estación a por el equipaje de la señorita Susana. Ahora mesmo lo traerán... ¿Qué dice usted?... Ya voy... Voy a subir esta ropa de la cama pa ponerla en la alcoba de esa otra señorita que han traído nueva... Güeno, güeno.

(Por la izquierda SUSANA y ELENA. Aquélla con trajecito claro también.)

SUS. Ven, aquí estaremos solas; papá está en la fábrica y mamá, a estas horas, no se ocupa más que de la casa.

GEN. Güenos días, señoritas, ¿han descansao?

SUS. Sí, hemos descansao, gracias; déjanos.

GEN. Sí, señorita. (Vase por el foro.)

ELENA ¡Ay, gracias a Dios que podemos hablar un momento con tranquilidad!

SUS. Pero sosiégate, mujer, estás tan nerviosa que llamas la atención; mamá me ha preguntado si es que no estás a gusto y quieres marcharte.

ELENA ¿Te parece que tengo motivos para estar muy tranquila? Si he pasado la noche, porque comprenderás que no he podido dormir, reflexionando en la serie de enormidades que hice ayer. Porque yo, aunque he defendido siempre la verdad, sospeché que alguna vez podría decir una mentira; pero no tantas, Susana, no tantas. ¡He puesto cátedra!

SUS. ¡Y pensar que yo tengo la culpa de todo!

ELENA Y para colmo, apenas me levanto, éste telegrama de la Directora a tu papá preguntando si estoy yo aquí.

SUS. Y que hay que contestarlo inmediatamente. Ya has oído a papá que lo redactemos para mandarlo al telégrafo.

ELENA Otro conflicto. Porque si le contesta que no, van a dar parte a la policía, alarmadas de que me hubiera ocurrido algo, me buscarán, se descubrirá todo, y como es natural, me echarán del colegio por embustera.

SUS. Oye, ¿y si le dijéramos que sí, que mamá se empeñó y que estabas aquí con nosotros?

ELENA Eso sería la única solución. Pero, ¿cómo va tu papá a decir que Elena Santacruz está aquí, cuando para ellos soy Lola Méndez? Se descubriría la farsa igualmente y quizás fuera peor, porque acuérdate dónde nos encontraron, en un cuarto de un hotel y con un hombre casi en paños menores...

SUS. No tanto, mujer, que no estaba mal.

ELENA Y que, además, dijo que era mi marido.

SUS. No, lo dijiste tú.

ELENA Es igual. ¡Bonita situación nos ha creado el capricho tuyo de ver a ese mamarracho!

SUS. Oye, oye, haz el favor, que Guillermo no tiene la culpa, que bastante pena tendrá el pobrecito, como yo, de no volverme a ver más.

ELENA Mira, cállate, cállate, que será mejor.

SUS. Bueno. Ya estoy callada. (Pausa.)

ELENA Se me ocurre una cosa. Claro, que es otra mentira; pero a mí ya, no se me ocurren más que mentiras.

SUS. El ejercicio.

ELENA Todo es el entrenarse.

SUS. ¿Y qué es ello?

ELENA Mandar el telegrama nosotras con la firma de tu papá.

SUS. Es verdad.

ELENA No; es mentira, pero es la única solución. Le decimos: «Elena, con nosotros. Ya la llevaremos. No venga.» Como es natural se tranquilizarán; estoy aquí cuatro o cinco días, finjo haber recibido otro telegrama de mi «marido» diciéndome que regrese a Madrid inmediatamente, no permito que me acompañe tu papá, ni tu mamá, me presento en el Colegio excusando no haber ido a despedirme por la prisa del viaje y aquí no ha pasado nada.

SUS. Sí, tienes razón, es lo mejor. ¿Ves tú como todo se arregla? Si teniendo un poquito de serenidad, se resuelven todos los conflictos.

ELENA Sí; pero con una mentira detrás de otra.

SUS. Eso te demostrará que la mentira es una cosa precisa.

ELENA Pero lo que es ésta te aseguro que es la última. Yo no miento más, ni engaño más, ni finjo más. (Se sienta y escribe el telegrama.) Ea, ya está. Anda, vamos a llevarlo al telégrafo.

SUS. ¿Y si pregunta papá?

ELENA Tú le dices que ya has contestado.

SUS. No, se lo dices tú. Yo no tengo tanta serenidad para mentir como tú.

ELENA ¡Susana! ¡Era lo único que me faltaba!

SUS. Hija, la verdad.

ELENA La verdad es que en menudo lío estamos metidas.

SUS. Ya no. Con ese telegrama todo está arreglado. Y ahora, a pasar estos cuatro días lo mejor posible. Y, sobre todo, alégrate de que la cosa haya terminado así.

ELENA Tienes razón. Afortunadamente, ya ha pasado todo. ¡Ay, cómo voy a respirar cuando salga de aquí este telegrama! Me va a parecer mentira no tener que seguir mintiendo.

GAS. (Por el foro.) Hola, hola, curioseando la casa, ¿he?

ELENA Sí, señor.

GAS. ¿Qué? Ya estamos más tranquila.

ELENA Sí, señor, sí, ya estoy tranquila.

GAS. Natural. Además, él vendrá pronto.

ELENA ¿El?

GAS. Sí, su marido, porque supongo que lo del papá no habrá sido nada.

ELENA No, no debe haber sido mucho.

GAS. (A Susana.) Oye, ¿habéis redactado ese telegrama?

SUS. Lolita lo acaba de escribir.

GAS. Hay que decirle a la Directora que esa señorita no ha venido con nosotros, ni tan siquiera la conocemos.

ELENA Claro, claro.

GAS. Es más, que por lo que se deduce del telegramita, ni ganas.

ELENA (Aparte.) ¡Ay, Dios mío!

(Dentro se oye la voz de Raimunda.)

RAIM (Dentro.) Susana, asómate.

SUS. Voy, mamá. (Va a la ventana y mira hacia arriba.)

GAS. (Acercándose a Elena.) ¿Sabe usted lo que yo me pienso que ha ocurrido?

ELENA No, no señor.

GAS. Bueno, a usted se le puede decir porque es una señora casada.

ELENA Casada... sí. . claro.

GAS. Pues que esa prójima por quien preguntan se ha escapado con alguno. Ya han ocurrido varios casos de esos. Por lo mismo estaba yo deseando sacar a la niña. A mí no me la dan.

ELENA No, a usted no .. ya se ve.

GAS. ¡Ah! (Haciendo ademán de tener mucha vista.)

SUS. (Que vuelve de la ventana) Mamá dice que si subimos a tomar un tente en pié, porque el almuerzo va retrasado.

GAS. Ahora mismo.

SUS. Y si tú quieres, papá, Lola y yo podemos ir dando una vuelta hasta el telégrafo.

GAS. Sí, me parece muy bien. Esas cosas delicadas no se deben confiar a los criados.

RAIM. (Por la izquierda.) Pero, oye, ¿cómo has venido tan pronto de la fábrica?

GAS. Porque, como es la hora de la llegada del correo si viene el nuevo ingeniero que me encuentre en casa.

RAIM. Pues anda, vamos a tomar unas copitas de Jerez y unas pastas. (A Elena.) ¿Y usted, ya está más conforme?

ELENA Sí, señora; pero, vamos, yo sentiría que ustedes creyesen que estoy a disgusto.

RAIM. De ninguna manera, ya sabemos lo que usted tiene, que como no se ha separado nunca de su marido...

ELENA Sí... eso es, eso es...

RAIM. Pero no se apure... Me da el corazón que hoy mismo lo tenemos aquí.

ELENA Usted cree.

RAIM. Estoy segura de que si no es grave lo del papá, que no debe serlo al no recibir nuevas noticias, cuando usted menos lo espere se presenta.

ELENA ¡No lo quiera Dios!

RAIM. ¿Cómo?

ELENA Que... que no sea grave lo de su papá.

GAS. Hace un momento que le decía yo lo mismo.

RAIM. Como que ya les he mandado preparar la alcoba grande. En ella pasaron la luna de miel unos sobrinos de mi esposo Está bastante retirada, con vistas al jardín; un verdadero nido.

GAS. Ea, ¿subimos al comedor?

RAIM. Vamos allá.

(Pasan delante Gaspar y Raimunda.)

SUS. ¿Ves? ¿Ves? Ni siquiera se le ha ocurrido preguntar lo que hemos puesto en el telegrama. Es que tiene papá un concepto de tí...

ELENA Sí, admirable. ¿Sabes lo que piensa que soy?

SUS. ¿Qué?

ELENA ¡Una prójima! Me lo acaba de decir.

SUS. ¿Eh? (Vanse por la izquierda.)

GEN. (Por el foro, seguida de SERAFIN.) Sí, señor; pase usted, Aquí vive don Gaspar Fortuny. Asiéntese usté un momentito, que voy a decirle que hay aquí un señor que quiére verlo. (Vase por la izquierda.)

SER. Bueno, ya estamos aquí, en mi destino. El pueblo me gusta, es bonito y tranquilo. Se respira un ambiente de paz y de sosiego, que buena falta me hacen Sobre todo después de lo de ayer. ¡Pues no he tenido toda la noche en la fonda la pesadilla de que estaba al lado mío aquella mujer! ¿Quién sería? ¿Sería efectivamente una rusa? ¡Bah! a no pensar más en ello. Ahora sólo debo pensar en trabajar, nada más que en trabajar. (Fijándose en el cuadro que hay en el lateral derecha.) Esta debe ser una vista de la fábrica. Está bien.

GAS. (Por la izquierda, reconociéndole.) ¡Caramba!

SER. (Volviéndose al oírlo, con un gesto de estupor.) ¿Eh? (Aparte.) ¡El papá de la otra!

GAS. Ya suponía que no tardaría usted mucho en venir. Así me gusta.

SER. Caballero.. ¿Tengo el honor de hablar con don Gaspar Fortuny?

GAS. (Riéndose.) Claro, hombre, claro. Gaspar Fortuny, para servirle.

SER. Perdone usted, pero no sabía...

GAS. Es verdad, caramba, que ayer con las precipitaciones se me olvidó decirle a usted mi nombre, y como luego no tuvimos el gusto de verle por la rapidez con que se marchó usted del Hotel...

SER. Sí, señor.

GAS. Pues ya lo sabe usted, soy Gaspar Fortuny. y está usted en mi casa, que es la suya.

SER. Gracias... muchas gracias. De modo que usted es el propietario de la fábrica de energía eléctrica...

GAS. El mismo.

SER. (Aparte.) ¡Pues me he caído!

GAS. ¿Qué, qué ha sido eso de la caída?

SER. No, nada, nada; no, señor, no ha sido nada.

GAS. Me alegro. Y me alegro sobre todo que haya venido usted en seguida, porque aquí ya había un poco de agitación. ¡Naturalmente! (Dándole una palmadita en la espalda.) ¡Le echaba a usted de menos!

SER. Gracias, muchas gracias; yo también he procurado venir lo más pronto posible.

GAS. Y ha hecho usted muy bien, porque aquí estaba su puesto.

SER. Sí, sí señor, ya lo sé; muchas gracias.

GAS. Y aunque a veces nos moleste un poco tenemos que aguantarnos con el destino, y el destino de usted ahora es éste.

SER. Este, sí señor.

GAS. Y al lado nuestro por lo menos un mes.

SER. (Aparte.) ¿Pero qué dice este hombre?

GAS. Le advierto a usted que este es un sitio delicioso para el verano. Se va usted a sorprender de lo que aquí hay. Y por lo menos todo el mes de junio lo pasa usted.

SER. Pero...

GAS. No le admito a usted excusas; aquí mando yo.

SER. Sí, sí señor, ya lo sé...

GAS. Además, mi mujer tampoco se conformaría, porque está loca de contenta. De modo que...

SER. Don Gaspar... yo quisiera...

GAS. Sí, hombre, sí, ahora mismo. Comprendo su deseo; llamaré a mi mujer. (Dirigiéndose a la ventana.) ¡Raimunda!

SER. (Aparte.) Bueno, vamos a ver cómo logro convencer a este señor de que yo no soy Frutos ni soy casado ni había visto en mi vida a la embustera de ayer.

GAS. ¡Raimunda!

SER. Esperaré a que venga la señora y así no tengo necesidad de repetir la historia del lío.

GAS. ¡Raimunda!

RAIM. (Dentro.) ¿Qué?

GAS. Bajar, que os vais a llevar una sorpresa. (Vuelve al lado de Serafín.) Si viera usted cómo me gustan a mí estas escenas. Yo gozo con la alegría de los demás. ¡Soy así! Y ya verá usted cómo en esta casa las horas se le hacen minutos. Aquí jamás se oye una voz más alta que otra, ni hay disgustos, ni rencillas. ¡Esto es una paz arcádica!

RAIM. (Por la izquierda.) ¡Uy, qué sorpresa!

GAS. No te lo dije.

RAIM. Susana, mira.

(Volviéndose a la izquierda, por donde entra SUSANA; después, ELENA.)

SUS. ¡¡Uy!!

GAS. (Riéndose.) Otra que se ha sorprendido.

SER. (Aparte.) ¡La otra embustera!

GAS. (A Susana y Raimunda.) ¡Pues ahora veréis!

ELENA (Entrando.) ¿Eh?..

SER. (Aparte.) ¡Ella! ¡La bolcheviquista!

GAS. (Gozoso.) ¡Arcádico, completamente arcádico!

(Hay una pausa en la que nadie sabe cómo romper y en la que dicen estos apartes que siguen.)

ELENA (Aparte.) ¡Ahora sí que no hay salvación!

SUS. (Aparte.) ¡Pero este hombre es un cínico!

SER. (Aparte.) ¡Adiós mi destino!

GAS. Ea, pasada la sorpresa, dense el abrazo. Aquí puede decirse que estamos en familia.

RAIM. Completamente en familia.

GAS. Conque venga ese abrazo.

ELENA (Aparte.) ¿Y voy a tener que abrazarle? ¡Cá!

Me desmayo y no vuelvo en sí hasta que se vaya. (Dejándose caer en brazos de Raimunda.) ¡Aay!... ¡Aay!...

RAIM. ¿Eh?

GAS. ¿Qué es esto?

RAIM. ¡Un desmayo!

SUS. ¡Elena! ¡Elena!

RAIM. Pero ¿a quién llamas, niña?

SUS. ¡Agua! (Vase corriendo Susana.)

RAIM. ¡Vinagre!

GAS. Un médico. ¡Genara! ¡Genara!

RAIM. Aquí está su marido, que lo es.

SER. ¿Yo?

RAIM Ay, venga usté, que me parece que no tiene pulso.

SER. (Aparte.) ¡El que está sin pulso soy yo!

GEN. (Por la izquierda.) Señoritos. (Al ver a Elena.) ¿Se ha muerto?

GAS. ¡Animal!

RAIM. Traiga usted un vaso de agua y un poco de vinagre. (Vase Genara.)

GAS. Es que se ha emocionado. Debe de ser muy nerviosa.

RAIM. Que se ha sorprendido de verle a usted. Como no le esperaba tan pronto.

SER. ¡Ah! ¿Pero me esperaba?

GAS. Naturalmente.

SER. Bueno, pues, señores, yo tengo que decirle a ustedes... (Elena vuelve rápidamente en sí.)

ELENA ¡Ah... ya se me pasó... ya se me pasó, no ha sido nada! (Aparte.) ¡Lo que es éste no me descubre!

GAS. Buen susto nos ha dado usted

RAIM. Ya lo creo.

GAS. Mire usted cómo está su pobre marido, pálido como la cera.

ELENA Es verdad, pobrecito.,. (Yendo hacia él.) pobre maridito mío.

SER. (Furioso.) ¡Señora!

RAIM. No la riña usted, hombre; eso nos pasa a todas las mujeres. Nos emocionamos...

SER. Es que esta seño...

ELENA (Mimosa.) No me riñas... no seas así, riquín mío... (Aparte.) Le doy el abrazo, pero no habla. (Abriéndole los brazos y cogiéndole entre ellos.) Y abrázame, abrázame...

SER. (Aparte a Elena.) Señora, ahora mismo...

ELENA (Aparte a Serafín) Siga usted fingiendo.

SUS. (Entrando por la izquierda con un vaso de agua.) ¡Abrazados!

GAS. Sí, hija, sí, abrazados; ¿tiene algo de extraño entre marido y mujer?

SUS. No. . no tiene....

RAIM. Llévate eso, ya no le hace falta.

SUS. Ahora a quien la hace falta es a mí. (Se lo bebe.)

GAS. Le convendría reposar un poquito.

RAIM. Pues precisamente tienen ustedes su alcoba preparada.

SER ¿Nuestra alcoba?

RAIM. Sí, señor.

ELENA No, a la alcoba no.. necesito aire, aire.

GAS. Pues subamos a la azotea hasta la hora del almuerzo.

RAIM. Mejor es que se vayan ellos solos.

SUS. Y yo, y yo también.

GAS. Niña.

SUS. Es que yo también necesito aire, papá.

GAS. Verdaderamente lo necesitamos todos. Conque arriba.

SER. (A Elena.) Le advierto a usted que estoy dispuesto. .

ELENA Cállese usted ahora. Ya hablaremos solos.

SER. ¡Estamos frescos!

RAIM. ¿Decía usted?

SER. Nada, señora.

ELENA (Mimosa.) Julio.

GAS. Anda, niña, da el brazo a tu madre para subir las escaleras. (Susana toma del brazo a su madre para subir las escaleras y vanse por la izquierda.)

ELENA (Llamando a Serafín, que no le hace caso.) Julio.

GAS. ¿No oye usted que le llama?

SER. ¿A mí? ¿Quién?

GAS. Su mujer.

ELENA Sí, yo...

SER. (Aparte a Elena.) ¿Pero es que voy a ser su marido por mucho tiempo?

ELENA ¡Qué más quisiera usted, mamarracho! (Y colgándose de su brazo, se le lleva por la izquierda.)

GAS. Detrás de la emoción viene la calma. ¡Gocemos de ella! (Vase también izquierda.)

GEN. (Por el foro, seguida de GUILLERMO.) Por aquí... por aquí. Se va usté a tener que esperar unas miajas, porque se han debío ir.

GUILL. Bueno, esperaré.

GEN. Oiga usté. ¿Quién le digo al señor que es usted?

GUILL. Dígale que hay un caballero que le espera, No tengo el gusto de que me conozca.

GEN. Güeno. Asiéntese, si quiere. (Vase por la izquierda. Guillermo se sienta.)

GUILL. Ya está hecho, ya no hay remedio. He vacilado, he titubeado hasta este momento, pero al fin me decido. Pues, ¡no estoy casi temblando! Me creía más fuerte. ¿A que resulta que el corto de genio voy a ser yo? Dos horas rondando por el pueblo sin atreverme a acercarme a la casa, pero ya no hay remedio. (Levantándose.) Y la casa es espléndida. (Se dirige a la ventana y mira hacia fuera.)

GAS. (Por la izquierda.) ¿Quién será? (Al verle.) ¡Ah, torpe de mí! Será el ingeniero. (Alto.) ¡Caballero!

GUILL. Señor mío...

GAS. Perdone que le haya hecho esperar. Ha habido un pequeño incidente en la casa.

GUILL. Al contrario, es usted el que debe perdonarme a mí el haber venido tal vez a importunarle... (Aparte.) Lo dicho, estoy temblando,

GAS. Nada de eso Siéntese.

GUILL. Ya sé que tengo el honor de hablar con don Gaspar Fortuny, propietario de la fábrica de energía eléctrica.

GAS. El mismo. Y yo supongo que es usted el ingeniero...

GUILL. Sí, señor. Soy el ingeniero... (Aparte.) ¡Me conoce! (Alto.) Soy el ingeniero Gui ..

GAS. (Interrumpiéndole.) Bueno, bueno, pues nada, no tenemos que decirnos nada más sino que espero seamos buenos amigos.

GUILL. Usted me honra, caballero

GAS. Ya sé que es usted un chico modelo y sobre todo correcto, vamos, que cuando se propone usted alguna cosa lo hace siempre abiertamente, (Sonriendo.) francamente.

GUILL. ¿Y quién le habrá informado?

GAS. Y puesto que tiene usted una profesión de brillante porvenir y siente usted verdadero amor...

GUILL. Sí, sí señor, un amor verdadero.

GAS. Así me gusta, y así era el hombre que yo necesitaba.

GUILL. ¿De verdad, caballero?

GAS. Yo no disfrazo jamás mis pensamientos. Además, me ha entrado usted por el ojo derecho, como se dice vulgarmente, y espero que desde hoy vea en mí a un nuevo padre.

GUILL Estoy encantadísimo, maravillado... (Aparte) ¡Este hombre es Dios!

GAS. Y ahora mismo le voy a usted a dar posesión del destino que guardaba para usted.

GUILL. Pero ..

GAS. Van a dar las doce y antes de que salga el personal quiero que conozcan al nuevo ingeniero. (Va hacia la mesa y revuelve los papeles.)

GUILL. (Aparte.) ¡He caído en Jauja! Una novia guapa, un suegro amabilísimo y un destino magnífico. ¡Soy un héroe!

GAS. Dejé por aquí la carta en que me recomendaban a usted...

GUILL. ¿A mí?

GAS. Sí, hombre, no se avergüence, que aunque no hubiera usted venido recomendado me bastaba la simpatía que me ha inspirado para admitirle.

GUILL. (Aparte.) ¿Pero estoy soñando?

GAS. No la encuentro, pero verá usted, verá usted. Voy a darle una prueba de mi buena memoria. Usted se llama...

GUILL. Me llamo...

GAS. No, no me lo diga. Le advierto que no he leido su nombre más que una vez, pero me acuerdo... me acuerdo ..

GUILL. No se moleste, señor, me llamo...

GAS. No, suplico a usted que no me lo diga, yo lo recordaré... Es tesón.

GUILL. (Sonriendo) Como usted guste.

GAS. Vamos a la fábrica que por el camino me acordaré. No me ha fallado nunca.

GUILL. (Aparte.) Bueno, yo le escribo esto a mi padre mañana, y me caso el domingo. (Vanse foro.)

ELENA (Por la izquierda con SERAFIN.) Venga usted acá, pase usted. No hay nadie. (Encarándose con él.) Bueno, pero ¿es que usted se ha propuesto no dejarme en paz?

SER. Soy yo quien debo decirle a usted eso, señorita.

ELENA Conteste a lo que yo le pregunto: ¿por qué ha venido usted aquí?

SER. Porque debía venir, porque tengo en este pueblo mi destino.

ELENA ¿Y por qué no se ha quedado usted en el pueblo?

SER. ¿En qué pueblo?

ELENA En éste, en ese que se ve desde la ventana.

SER. Señorita. ¿Es que me va usted a tomar el pelo?

ELENA Caballero, que no estoy para bromas... ¿Qué pinta usted en esta casa?

SER. Que es aquí, en ella, donde yo tengo mi empleo.

ELENA ¿Aquí?

SER. Sí, señora, en la fábrica. Soy el ingeniero de la fábrica.

ELENA ¿Usted?

SER. Yo, sí, señorita, yo.

ELENA ¡Ay, Dios mío!

SER. Comprenderá que la situación en que me encuentro por su culpa no es muy airosa, y que debe usted referir a estos señores toda la verdad para que yo recobre mi crédito, mi nombre y mi estado civil.

ELENA Muy bonito, y que por dejarle a usted en buen lugar quede yo como una farsante, como una embustera, y lo que es peor, como una mujer que se hallaba en el cuarto de un hotel con un hombre en camisa.

SER. En pijama.

ELENA Es lo mismo

SER. Yo bien les suplicaba a ustedes que se fueran.

ELENA Y nosotras ya nos íbamos a marchar, pero como en el pasillo nos encontramos a los papás de Susana...

SER. Podían haberse quedado en el pasillo, sin entrar de nuevo en mi cuarto.

ELENA Bueno, pero como desgraciodamente no fué así, lo que es preciso, es arreglarlo ahora del mejor modo posible.

SER. Estoy dispuesto a ello.

ELENA Pues váyase usted de esta casa.

SER. ¿Y pierdo el destino?

ELENA Sacrifíquese un poco por una señorita.

SER. Es que eso es demasiado.

ELENA Muy bien. (Adaptando un tono de lloriqueo.) De modo que el prestigio y la honra de una pobre muchacha, le representa a usted me-

nos que las cuatro pesetas que le van a dar aquí.

SER. Son más de cuatro pesetas, señorita, es un sueldo de cien duros.

ELENA Más a mi favor, mayor sería el sacrificio y más se lo agradeceríamos a usted Susana y yo.

SER. No, no puede ser. ¡Esto me faltaba!

ELENA ¡Váyase usted, caballero!

SER. De ninguna manera.

ELENA Le doy a usted otro abrazo si se va.

SER. No, señorita .. imposible, pierdo dinero.

ELENA Es que mire usted que hasta puedo exigirle una reparación.

SER. ¿Usted a mí?

ELENA Sí, señor, yo soy soltera, y usted me ha abrazado delante de la gente.

SER. Ha sido usted la que me ha abrazado a mí.

ELENA Pero usted apretaba.

SER. Por .. galantería y, además, porque la hubiera ahogado.

ELENA Sí, si ya sé que es usted capaz de todo. Es usted un hombre sin corazón, sin entrañas, sin...

SER. (Un poco enternecido) ¡Caray, tiene usted una manera de insinuarse que .. Pero, vamos a ver, señorita, que yo me entere de una vez, ¿usted no es rusa, verdad?

ELENA ¿Yo?

SER. Entonces, ¿quién es usted?

ELENA ¿Y a usted qué le importa?

SER. Es que... la verdad, todo esto que me está sucediendo desde que la ví ayer por primera vez, me parece cosa de encanto, de hechicería...

ELENA ¡Ah! ¿Ahora me va usted a llamar hechicera?

SER. Eso sería una flor y no estoy ahora para piropos.

ELENA Es usted muy galante.

SER. Yo no sé lo que soy, ni quien soy, porque hace cuarenta y ocho horas que se ha interpuesto usted en mi camino para volverme loco. Sigo sin comprender por qué entró en mi cuarto, por qué me la he encontrado aquí, por qué me está usted siguiendo a todas partes, por qué me abraza delante de la gente, y no a solas...

ELENA ¡Caballero!

SUS. (Por la izquierda y dando muestras de un júbilo loco,) ¡Elena! ¡Elena!

ELENA ¿Qué?

SUS. ¡Que le he visto! ¡Que está ahí en la fábrica, hablando con papá.

ELENA Pero, ¿quién?

SUS. El, mi novio... y viene a quedarse.

ELENA ¿Qué dices?

SUS. Que acaba de presentarle papá al personal como el nuevo ingeniero de la fábrica.

SER. (Estupefacto.) ¿Qué dice usted, señorita?

ELENA (Cambiando el tono de su voz por el amenazador.) ¡Ah, grandísimo farsante! ¿De modo que era usted el ingeniero?

SUS. Quién, ¿este señor?

ELENA Este embustero, que acaba de decirme que era él.

SER. Y lo soy, y ahora mismo verá usted... (Intenta irse por el foro.)

ELENA Cá, usted no se escapa. Ahora soy yo la que voy a descubrirle. Y como por una mentira más no me va a pasar nada, y como usted se ha presentado en esta casa usurpando un puesto que no le pertenecía...

SER. Pero, ¿qué está usted diciendo?

SUS. ¡Usted se calla!

SER. ¿También ésta?

ELENA Yo diré que usted no es mi marido y que lo dije para salvar a Susana, a quien siguió usted por los pasillos, y que tuvo que refugiarse en mi cuarto del Hotel, perseguida por usted.

SER. Señorita, que...

ELENA Ahora veremos.

SUS. Tiene razón mi amiga, porque sepa usted que el ingeniero es mi novio.

ELENA Que también le exigirá otra reparación.

SER. Vaya, esto es demasiado. Yo les suplico...

ELENA Nada, o se va usted de aqui...

SER. (Aparte.) ¡Ah, qué idea! (Alto.) Conforme; pero denme media hora de plazo para resolver y buscar la forma de dejarlo todo arreglado.

ELENA Menos, un cuarto de hora.

SER. (Intenta irse de nuevo.) Aceptado.

ELENA No, pero sin separarse de nosotras

SUS. (Que un poco antes ha ido a la ventana.) Vámonos al comedor, que vuelve papá.

SER. (Aparte.) Ya lo creo que aclaro yo esto; es que ahora que sé que no es una rusa, no me disgusta esta embustera. (Vase por la izquierda.)

GAS. (Por el foro.) Pues señor, estoy asombrado; es la primera vez que me falla la memoria. Y por tesón no he querido que me diga su nombre. (Sentándose junto a la mesa.) Allá se ha quedado el hombre entusiasmado viendo las máquinas. Es simpatiquísimo, simpatiquísimo...

GEN. (Por el foro.) Señor.

GAS. ¿Qué pasa?

GEN. En un automóvil ha venido un caballero pa verle a usted.

GAS. Que suba.

GEN. Dice que es el padre del ingeniero.

GAS. (Golpeándose la frente.) ¡Ah! ¡Calla!

GEN. ¿Eh?

GAS. Calla... ¡Ya está! Cañedo, Serafín Cañedo.

GEN. No sé, no m'ha dicho más que era el padre de...

GAS. Que pase enseguida. (Vase Genara.) ¡Sí, ya decía yo que no me fallaba mi memoria! (Recalcando el nombre.) Serafín Cañedo.

JUL. (Por el foro.) Caballero.

GAS. Adelante.

JUL. Tengo un verdadero placer en saludarle y darle las gracias por haber admitido en su casa a mi hijo.

GAS. Le digo a usted únicamente, que es a mí a quien me corresponde dárselas. Aún no hace una hora que conozco a su hijo, y es ya mi amigo.

JUL. ¿De modo que está aquí, eh?

GAS. Sí, sí señor.

JUL. (Aparte.) Ya me extrañaba a mí que ese sacara los pies del plato.

GAS. En la fábrica, donde acabo de presentarlo, está. Le avisaré.

JUL. Sí, si me hace el favor, porque pienso estar aquí sólo unos minutos.

GAS. ¿Cómo? ¿No quiere usted honrar nuestra mesa?

JUL. Con mucho gusto; pero me es imposible.

GAS. Entonces, me permitirá al menos que le presente a mi mujer y a mi hija. (Toca un timbre y a poco aparece Genara.)

JUL. Tendré en ello mucho gusto.

GEN. ¿Hay permiso?

GAS. Pasa. Avisa a las señoras que bajen y ve a la fábrica y dí que haga el favor de venir el señor ingeniero nuevo.

GEN. Está muy bien. (Vase izquierda.)

GAS. No sabe usted lo que lamento que no pueda quedarse aquí un par de días siquiera.

JUL. Me es imposible, completamente imposible. Hoy, para unos asuntos, debía estar en Segovia.

(En la izquierda aparecen Susana y Raimunda.)

GAS. Mi señora.

RAIM. Tanto gusto.

JUL. El gusto es mío, señora.

GAS. Mi hija Susana.

JUL. Una preciosidad de criatura.

SUS Muchas gracias.

GAS. El señor es el papá del nuevo ingeniero de la fábrica.

SUS. (Con gran alegría.) ¡Ah! ¿Es usted su papá? Cuánto celebro conocerle. (Aparte.) Es el retrato de su hijo. ¡Tiene su misma cara!

JUL. Yo también he tenido mucho gusto en conocerlos a ustedes.

SUS. (Aparte.) ¿Habrá venido a pedir mi mano?

ELENA (Asomando por la izquierda.) Ay, ustedes perdonen.

JUL. ¿Otra hija?

GAS. No. Pase usted, pase usted, Lolita. La señora doña Dolores Méndez... (Entra Elena, que trae cogido de la chaqueta a Serafín) y su esposo don Julio Frutos.

JUL. (Al ver a su hijo.) ¿Eh?

SER. (Aparte.) ¡Mi padre!

JUL. De modo que dice usted que este señor es...

GAS. Don Julio Frutos, médico, casado con esta señora, y huéspedes nuestros desde hoy.

JUL. (Aparte.) ¡Hombre! ¡Esto tiene gracia!

GAS. (Viendo a Guillermo, que entra por el foro.) Y aquí tiene usted a su hijo.

(Hay un momento de estupefacción en todos.)

JUL. ¡Caray! Esto ya no tiene tanta gracia. Señores, están ustedes en un lamentable error.

SER. (Aparte.) El primer puñetazo no hay quien me lo quite.

GUILL. ¿Pero qué es esto?

JUL. Un poco de calma. (A Guillermo.) Caballero, ¿usted me conoce a mí?

GUILL. No, señor.

GAS. (Con gran serenidad.) Pero joven, ¿usted no conoce a su padre?

GUILL. Al mío, sí, pero este señor no lo es.

SUS. ¿Que no es su padre?

GAS. Entonces me ha engañado usted miserablemente.

JUL. Usurpando el nombre de mi hijo para ocupar su puesto.

ELENA (Aparte.) ¡Gracias a Dios que hay un lío en el que no tengo parte.

GUILL. Están ustedes equivocados, ni yo he usurpado puestos, ni yo me he presentado aquí como hijo de nadie.

GAS. ¿Será usted capaz de negar que me ha dicho usted que era el ingeniero?

GUILL. Le he dicho a usted que era ingeniero y no mentí. Yo me llamo Guillermo Perales, y ahí está mi compañero Serafín que lo sabe. (Indicándolo.)

RAIM. ¿Qué Serafín?, si el señor se llama don Julio.

GAS. Raimunda, tú te callas.

ELENA (Aparte.) ¡Ay, que me parece que sí tengo parte en el lío!

GUILL. Caballero, la verdad, yo no he venido aquí a ocupar puesto ninguno; yo he venido a pedirle a usted que me autorizara las relaciones con su hija Susana, a quien adoro.

GAS. Que a mí no me la da usted, ¿eh?

SUS. No, papá, es verdad, yo también le quiero.

GAS. Le salva a usted, caballero, lo simpatiquísimo que me ha sido, y ya hablaremos más despacio. (A Julián.) Pero, entonces, su hijo.

JUL. (A Serafín.) Ven acá. Levanta la cabeza, hombre.

SER. (Aparte.) Quiere darme el primero en las narices.

JUL. ¿Sabes que te has lucido la primera vez que has querido correrla?

SER. Papá, yo le juro...

JUL. Basta; di ahora mismo de dónde has sacado a esta joven.

ELENA Eh, caballero, poco a poco, hasta ahí podíamos llegar. Ni el señor es mi marido, ni me conoce siquiera, ni mucho menos me ha «sacado» de ninguna parte.

GAS. Entonces, ¿me quiere usted explicar?

SUS. Yo soy la culpable, papá; por hacerme un

favor a mí llevándome al Palace para ver a Guillermo, Elena dijo una mentira que ha sido el origen de todas las otras.

RAIM. Pero, ¿qué Elena es esa?

ELENA Servidora. Elena Santacruz, señorita auxiliar del Colegio de Villalta.

GAS. (Dándose un golpe en la frente.) Espere usted... ¿Elena Santacruz? .. usted es la muchacha modelo que se ha llevado seis años seguidos el premio de la verdad.

ELENA La misma.

GAS. ¡Pues sabe usted que miente muy bien!

ELENA Por primera vez, ¡y me he lucido!

GAS. ¡Nada de eso! Señores, ¿nos conjuramos todos para que esto quede en secreto?

TODOS Conjurados.

ELENA ¿De modo que me perdonan ustedes?

RAIM. Todos.

GAS. Para nosotros sigue usted siendo la señorita que no dice más que la verdad.

ELENA (A Serafín.) ¿Y para usted... también soy...?

SER. Para mí es usted la. . (Deteniéndose al encontrarse con la cara de su padre.)

GAS. ¡Señores!, ¿conjurados para que sean de verdad marido y mujer?

JUL. Para eso soy yo el jefe de la conjuración.

TODOS ¡Conjurados!

ELENA Pues conjurado el conflicto... (Al público.) Terminó la farsa. Perdonadnos, señores. Buenas noches. (Telón.)

FIN DE LA FARSA

Obras de Miguel Mihura Alvarez

Por un millón, apropósito cómico-lírico en un acto. Música del maestro Pérez Ayala. Cómico, Cádiz.

La golondrina, zarzuela en un acto y tres cuadros. Música de los maestros Girau y Broca. Principal, Cádiz.

Los zapatos, juguete cómico en un acto. Cómico, Cádiz.

¡Guerra á los yankees!, drama en tres actos y en verso. Circo Teatro, Cádiz.

¡Triquitraque!, disparate cómico. Principal, Cádiz.

El niño de los tangos, boceto de sainete. Música de los maestros Castilla y Gosset. Teatro de Novedades.

Cara-Chica, boceto de comedia en un acto. Música del maestro Castilla. Coliseo Imperial.

Sal de espuma, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Penella y Castilla. Teatro de Novedades.

El Centurión, sainete lírico en un acto. Música del maestro Padilla. Lux Eden.

Los parrales, zarzuela en un acto. Música del maestro Saco del Valle. Gran Teatro.

El jaleo de Jerez, sainete. Música del maestro Castilla. Gran Teatro.

Lo que nadie quiere, comedia en un acto. Teatro Romea.

Loco perdido, boceto de comedia en un acto. Teatro Romea.

La mala fama, sainete. Música del maestro Castilla. Teatro Martín.

Gente de trueno, sainete. Música del maestro Castilla. Teatro Barbieri.

El decir de la gente, boceto lírico en un acto. Música del maestro Padilla. Teatro Martín.

Gracia y Justicia, exposición cómico-lírico-bailable. Música del maestro Penella. Teatro Martín.

Mamá suegra, entremés en prosa Teatro de Apolo.

Flores de trapo, comedia en un acto. Teatro Romea.

La costa azul, opereta en un acto y cuatro cuadros. Música de López Montenegro. Gran Teatro.

El fantasma, fantasía melodramática en un acto. Música de los maestros Quislant y Badía. Teatro Martín.

La reina de las tintas, humorada lírica en un acto, Música del maestro Penella. Gran Teatro.

Rosa temprana, juguete. Música del maestro Escobar. Teatro Martin.

El pueblo del peleón, opereta ménflica en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, pseudo-parodia de *La corte de Faraón.* Música del maestro Padilla Teatro Martín.

Pajaritos y flores, boceto de sainete en un acto. Música del maestro Padilla. Teatro de Apolo.

El alegre Manolín, juguete lírico. Música del maestro Padilla. Teatro Martín.

La niña de los besos, opereta en un acto. Música del maestro Penella. Gran Teatro.

La canción española, opereta española en un acto y tres cuadros. Música de los maestros Vives y Barrera. Gran Teatro.

Las pícaras faldas, humorada en un acto y tres cuadros. Música del maestro Padilla. Gran Teatro.

Casco de oro, boceto melodramático en un acto y en prosa. Coliseo Imperial.

Los pocos años, sainete en un acto. Música del maestro Penella. Teatro Martín.

La viva de genio, zarzuela en dos actos, Música de López-Montenegro. Teatro Cómico.

¡Centinela... alerta!, opereta en un acto. Música de Saco del Valle y Quislant. Teatro de Apolo.

Los campesinos, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, inspirado en el asunto de una obra extranjera. Música del maestro Leo Fall. Teatro de Apolo.

Las percheleras, sainete lírico en un acto y tres cuadros. Música del maestro D. Tomás Bretón. Teatro de Apolo.

El sostén de la casa, sainete en un acto y tres cuadros. Música de Quinito Valverde y Torregrosa. Teatro de Apolo.

El amor lo pintan niño... entremés. Música de Celestino Roig. Teatro de Apolo.

El gran simpático, zarzuela en un acto. Música del maestro Amadeo Vives. Teatro Martín.

El tren de lujo, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros. Música de los maestros Marquina y Roig. Teatro de la Zarzuela.

El ojo de Gayo, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gerónimo Giménez. Teatro Martín.

La noche vieja, opereta en un acto, dividido en cuatro cuadros. Música del maestro Celestino Roig. Teatro de Apolo.

El mantón rojo, boceto lírico-dramático en un acto. Música del maestro José Padilla. Teatro Barbieri.

El Príncipe loco, opereta en un acto. Música de Saco del Valle y Quislant. Teatro Martín.

Cine-Fantomas, revista. Música del maestro Gerónimo Giménez. Teatro de Novedades.

La gente gorda, juguete en un acto. Coliseo Imperial.

La novela de bolsillo, juguete en dos actos. Teatro Cómico.

Marcial Hotel, opereta en un acto. Música de José Padilla. Teatro Martín.

Amor fatal o **La dama de las Camelias,** drama en tres actos arreglado del francés. Teatro Principal, Cádiz.

Laurencio o **La muerte civil,** drama en tres actos, arreglo del italiano. Teatro Circo, Córdoba.

Simbad el Marino o **El Conde de Montecristo,** melodrama en un prólogo y tres actos, arreglo del francés. Circo de Price.

Los incendiarios, drama policiaco, original, en tres actos. Teatro Principal, Vico.

Las espinacas, comedia en dos actos. Teatro Infanta Isabel.

En los profundos infiernos, revista. Música del Maestro Terés. Comedia, Buenos Aires.

Cásate... y verás, vodevil en tres actos. Teatro Lara.

Ensueños, comedia en dos actos. Teatro Lara.

El amigo Carvajal, juguete cómico en dos actos y tres cuadros. Teatro Lara.

La codorniz sencilla, sainete en un acto. Música de José Padilla. Teatro de Apolo.

El Sol de España, revista. Música de los maestros Valverde y Acevedo. Teatro Duque, Sevilla.

La madrina de guerra, comedia en dos actos. Teatro Lara.

Las pícaras mujeres, sainete en un acto. Música de Celestino Roig. Teatro Martín.

El pícaro corazón, comedia en tres actos. Salon Doré, Barcelona.

La Condesita, comedia lírica en un acto. Música de López del Toro. Teatro Duque, Sevilla.

Él (adaptación del francés) comedia en tres actos. Teatro de la Comedia.

Una mujer que no miente, farsa en tres actos. Teatro Goya, Barcelona. Compañía Lara.

Obras de J. Andrés de Prada

Tacita de plata.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, con música del maestro Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

Riberica abajo.—Sainete en un acto, inspirado en una copla popular. Teatro Circo. Cádiz.

Amoríos.—Entremés en prosa. Teatro Principal. Cádiz.

La detective.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Ramón de Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

El tren que vuelve.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Circo. Cádiz.

Del huerto vecino.—Comedia en un acto y en prosa. Teatro Cómico. Cádiz.

Luna de Mayo.—Monólogo en verso. Teatro Principal. Cádiz.

El tren de los sueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Alvarez Quintero. Madrid.

El mentir de los viejos.—Sainete madrileño en un acto. Coliseo Imperial. Madrid.

Las fraguas.—Comedia dramática en dos actos y en prosa. Coliseo Imperial. Madrid.

Fatalismo.—Drama en un acto (Gran Guiñol). Coliseo Imperial. Madrid.

Alma de apache.—Drama policíaco en tres actos. Teatro Nuevo Apolo. Madrid.

La moza del llano.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Casta de ruines.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial Madrid.

La mujer espía.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial Madrid.

Las Espinacas.—(Consecuencia de «Los Gabrieles») en dos actos y en prosa. Teatro Infanta Isabel. Madrid.

Ensueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Lara. Madrid.

La cogida del «Castizo».—Sainete madrileño en dos actos, en colaboración con Angel Caamaño. Teatro Cómico. Madrid.

El amigo Carvajal.—Juguete cómico en dos actos, en colaboración con Ricardo González del Toro. Teatro Lara. Madrid.

El hijo del otro.—Momento escénico en un acto. Teatro de la Comedia. Barcelona.

Rosas de pasión.—Romance de amor en tres actos y un prólogo, en prosa. Teatro Eldorado. Barcelona.

Agüita de Mayo.—Entremés en prosa. Teatro de la Comedia. Barcelona.

Muñecas de papel.—Comedia en tres actos y en prosa. Odeón. Madrid.

Mientras el niño duerme...—Narración escénica en un acto. (Teatro de los Niños). Teatro de la Comedia.

Más allá del amor.—Comedia dramática en tres actos y en prosa.

Cásate... y verás.—Vódevil en tres actos, derivado de una obra extranjera, en colaboración con Miguel Mihura. Teatro Lara. Madrid.

El pícaro corazón.—Comedia en tres actos. Teatro Doré. Barcelona.

Una mujer que no miente.—Farsa cómica en tres actos. Compañía del Teatro Lara de Madrid.

En mitad del corazón.—Drama en tres actos, en colaboración con E. Gómez de Miguel. Compañía de Francisco Morano.

Toda una mujer.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

PRECIO: 3,50 PESETAS